

Historias vivas

a 40 años de la construcción
de la democracia en Bolivia

FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG



Historias vivas a 40 años de la construcción
de la democracia en Bolivia

Historias vivas

a 40 años de la construcción
de la democracia en Bolivia

FRIEDRICH
EBERT 
STIFTUNG



Historias vivas a 40 años de la construcción de la democracia en Bolivia

Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia)

Av. Hernando Siles 5998, esq. calle 14, Obrajes

Tel: (591 2) 275 0005

<https://bolivia.fes.de/>

La Paz, Bolivia

Coordinación editorial: Nicole Jordán Prudencio

Cuidado de edición: Patricia Montes R.

Apoyo en la coordinación editorial: Cecilia Campos Villafani y Camila Pemintel Cano

Diseño de la portada: Norka Paz

© Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia)

Depósito Legal: 4-1-3700-2022

ISBN: 978-9917-605-96-6

Diagramación e impresión: Plural editores

600 ejemplares

Impreso en el Estado Plurinacional de Bolivia

Las opiniones contenidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Este libro se publica bajo licencia Creativa Commons:

Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Esta licencia permite a otros descargar y compartir esta obra con otros siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada. No se permite, sin embargo, cambiar de forma alguna los contenidos ni crear obras derivadas o hacer un uso comercial.

Presentación	7
--------------------	---

Primer lugar: Categoría: Testimonio, crónica o reportaje

<i>Julio Alberto Núñez Vela Ramos</i> ("Araona") / Trinidad	11
1980: Puerto Rico, campo de concentración.	
Crónica de un conscripto.....	13

Primer lugar: Categoría: Fotografía

<i>Santos Winston Miranda Ramos</i> / Obra: Kilómetro 0 / El Alto	21
---	----

Segundo lugar: Categoría: Testimonio, crónica o reportaje

<i>Ruth Eliana Chuquimia</i> / La Paz.....	27
Javier y los "ninguno" de la dictadura de Luis García Meza.....	29

Segundo lugar: Categoría: Fotografía

<i>Sara Aliaga Ticona</i> / Obra: En memoria de... / El Alto	35
--	----

Tercer lugar: Categoría: Testimonio, crónica o reportaje

<i>Randolf Marcelo Solares Peralta</i> / La Paz	43
Sobreviviendo	45

Tercer lugar: Categoría: Fotografía

<i>Andrea Catalina Ulloa Velarde</i> / Obra: Libres de elegir / La Paz.....	47
---	----

Menciones especiales

Nunca dejé de correr	
<i>Madai Julia Sivila Torres</i> , sobre el relato de su hermano	
<i>Sandro Mariane</i> / Sucre	53
La herida	
<i>Rubén Rogelio Torrez Lima</i> y	
<i>Vladimir Roger Torrez Monasterios</i> / La Paz	59

*Joaquín Salvador Molina Saavedra / Fantasía
democrática / La Paz 61*

*Mabel y los niños de la democracia
Jaqueline Vinoya Rocabado / La Paz 67*

*Entre una derrota y su nacimiento:
érase una vez en Catavi-Siglo XX-Llallagua
Emma María Lazcano Dávalos / Cochabamba 73*

*Rosa Marita Madueño Aguilar / En las vestimentas
de la democracia / La Paz 78*

*Agosto de 1971-agosto de 1982. De la resistencia universitaria
y popular a la recuperación de la democracia en Bolivia
Guido Espinoza Terán / Cochabamba..... 83*

El año 1982 marca un momento de inflexión en la historia de Bolivia. Es un año memorable porque pone fin a casi dos décadas plagadas de muerte, represión, temor, violencia y acallamiento de voces, e inaugura un nuevo ciclo cimentado en la historia de lucha de numerosas personas que se rehusaron a renunciar a sus anhelos democráticos, aunque ello significara arriesgar su propia vida durante los gobiernos militares.

Hace 40 años se reivindicó el derecho y la libertad para elegir, no solo a los gobernantes de turno en términos de los mecanismos de la democracia representativa, sino también en un sentido más amplio: elegir en qué creer, cómo pensar y qué decir, como la manifestación más clara de la convicción en la defensa de la libertad, la pluralidad y el derecho a la disidencia. En ese momento se proyectaba un nuevo horizonte cargado de esperanza y orientado hacia un modelo de convivencia basado en el respeto a los principios universales de derechos humanos.

En el año 2022, 40 años después de aquel momento de inflexión, es necesaria e importante la rememoración y reflexión retrospectiva sobre el proceso de construcción de democracia en Bolivia; construcción que no se termina, sino que continúa en la actualidad y que enfrenta una serie de desafíos, cambios, rupturas, avances y retrocesos, encuentros y desencuentros; construcción por demás compleja, pero a la vez imprescindible e incansable.

El concurso lanzando por la Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia) este 2022¹ busca conmemorar el importante hito histórico

¹ Desde el 2017, la FES Bolivia promueve un concurso anual donde se abordan temas de preocupación colectiva vinculados al trabajo de la Fundación mediante propuestas artísticas diversas (fotografía, cortos, reportajes, crónicas y murales, entre otros). El propósito es promover la participación de bolivianas y bolivianos, haciendo eco de sus voces y compartiendo sus miradas, a partir del arte, para alentar un debate plural.

de la transición democrática de 1982 propiciando encuentros mediante la provocación de un diálogo intergeneracional sobre el valor profundo de la democracia.

De acuerdo con las etapas establecidas en el concurso, las propuestas recibidas en las categorías de Fotografía y Testimonio, Crónica o Reportaje (112 en total) fueron revisadas en función de los criterios establecidos en la convocatoria del concurso por un Jurado compuesto por tres mujeres referentes en el mundo académico, literario y de la composición fotográfica en Bolivia: Ana Velasco, Soledad Domínguez y Anahí Aguilar, respectivamente. Con el fin de garantizar la legitimidad e idoneidad del proceso de selección, las historias y secuencias fotográficas recibidas fueron presentadas a las juradas bajo pseudónimos y los nombres de las autoras y los autores solo fueron revelados después de que la decisión sobre los ganadores y menciones especiales fuera emitida.

Una de las características que distingue al concurso anual de la FES Bolivia de otros concursos es el desarrollo de talleres de capacitación dirigidos a los postulantes preseleccionados o, en algunos casos, a todos los postulantes, con el propósito de que cada uno de ellos pueda obtener algo valioso de esta experiencia. Con ese objetivo, este año se desarrolló un taller abierto al público con el reconocido fotógrafo boliviano Patricio Crooker. Este taller se llevó a cabo antes de la fecha límite de postulación de la categoría Fotografía con el fin de fortalecer las capacidades técnicas de todas aquellas personas interesadas en

participar en el concurso. Tras la entrega de las secuencias fotográficas por los postulantes a esta categoría, y luego de un largo debate, el Jurado seleccionó tres obras ganadoras y estableció dos menciones especiales para ser parte de esta publicación.

En el caso de la categoría Testimonio, Crónica o Reportaje se realizó un taller de escritura creativa con Omar Rincón, destacado periodista y ensayista colombiano, especializado en comunicación política y cultura mediática. Dicho taller estuvo dirigido a los autores y autoras de los trece textos que fueron preseleccionados en la primera fase, con la finalidad de proporcionarles herramientas literarias útiles para el desarrollo de sus textos finales. Todas las propuestas preseleccionadas en la primera fase de esta categoría recibieron retroalimentación para enriquecer la calidad literaria y el estilo creativo de sus relatos iniciales. Posteriormente, todos los testimonios preseleccionados fueron evaluados nuevamente por el Jurado para elegir, finalmente, los tres textos ganadores y las cinco menciones especiales para publicación.

Como resultado de este proceso de selección y evaluación, la FES Bolivia tiene el gusto de poner a disposición del público boliviano ocho relatos testimoniales inéditos y cinco secuencias fotográficas con la esperanza de que los mismos motiven la inclusión de más voces en la construcción de la historia democrática del país.

Esta obra no hubiera sido posible sin las valiosas contribuciones de las y los participantes en ambas categorías, motivo por el cual deseamos manifestarles nuestro agradecimiento por permitirnos conocer y

compartir sus historias personales y sus propuestas artísticas. Asimismo, agradecemos el invaluable apoyo de Omar Rincón y Patricio Crooker en el desarrollo de los talleres y en la provisión de asesoramiento y herramientas literarias y fotográficas que han sido fundamentales para la exitosa culminación del concurso. Por otra parte, manifestamos nuestro gran aprecio por la competencia, rigurosidad e idoneidad con que las personalidades del Jurado desempeñaron su labor. Finalmente, expresamos nuestro más profundo agradecimiento a Cecilia Campos y al equipo organizador por la excelente capacidad profesional, la proactividad y el esfuerzo invertido a lo largo de todo el concurso, aspectos que se reflejan en la calidad de esta obra.

“No nos borren de la historia” fue el pedido público de una de las sobrevivientes de las dictaduras militares en Bolivia en este año conmemorativo.² Esta publicación espera responder, en alguna medida, a dicho clamor —desde nuestro lugar como una fundación que trabaja para fortalecer la democracia en Bolivia desde los años 80— al rescatar relatos verídicos que han quedado ocultos en los márgenes de la historia para convertirlos, a partir de su difusión, en “historias vivas” que ocupen su lugar en el patrimonio histórico y en la memoria colectiva del país.

El diálogo entre las generaciones que vivieron las dictaduras en carne propia y aquellas que no las experimentaron de manera directa se propicia a partir de la incorporación de secuencias fotográficas que contienen propuestas reflexivas, desde la juventud, sobre el significado de este hito histórico. El encuentro entre ambas miradas se refleja en las páginas que siguen a esta introducción, donde las imágenes y los testimonios seleccionados se entretajan y donde los tiempos históricos se cruzan —aunque sea por un momento— 40 años después, como una invitación abierta a un diálogo inclusivo para continuar construyendo democracia.

Jan Souverein
Director FES Bolivia

Nicole Jordán Prudencio
Coordinadora de proyectos FES Bolivia

2 Palabras de Victoria López, representante de la Plataforma de Luchadores Sociales Sobrevivientes de las Dictaduras de Bolivia, durante la firma del acuerdo nacional entre el Gobierno boliviano y representantes de las víctimas de las dictaduras del período 1964-1982, el 21 de agosto de 2022.

Primer lugar

Categoría: Testimonio, crónica o reportaje

Julio Alberto Núñez Vela Ramos ("Araona")



1980: Puerto Rico, campo de concentración. Crónica de un conscripto

Julio Alberto Núñez Vela Ramos ("Araona"¹) / Trinidad

El 17 de julio de 1980, amanecimos acuartelados en la Base Naval "Cobija": se había consumado el golpe de Estado de Luis García Meza Tejada. Éramos, en su mayoría, jóvenes pandinos, conscriptos del primer escalón² del 80, bachilleres y algunos todavía estudiantes.

Los oficiales organizaron la guardia para resguardar la Prefectura. Casi todas las noches nos asignaban esa tarea, instruyéndonos reforzar la vigilia después de las 23:00, hora del toque de queda. Por aquel entonces, en Cobija³ la luz se cortaba a la 1 de la madrugada. Los

*weapon*⁴ patrullaban la ciudad hasta el amanecer. Las calles estaban desiertas y el silencio era absoluto.

Luego de la guardia nocturna, durante el día teníamos la orden de alerta ante cualquier eventualidad. Había mucha tensión entre oficiales y camaradas marineros.⁵ Resguardar la Prefectura se convirtió en la rutina de las jornadas siguientes.

Uno de esos días, haciendo fila para recibir el rancho, nos llamó la atención un avión que aterrizaba en Cobija; se trataba de un DC-3⁶ (después nos enteramos que era de la FAB). Los cargueros llegaban casi todos los días.

1 Grupo étnico amazónico que habitó el noroeste boliviano; se le atribuye el descubrimiento de la goma elástica.

2 Una de las fracciones en que se dividen las tropas.

3 La capital del departamento Pando se ubica a orillas del río Acre, en la frontera con Brasil.

4 Arma en inglés. Carro militar mediano.

5 Así se llama a los conscriptos en la Fuerza Naval.

6 Avión de pasajeros fabricado por Douglas Aircraft Company.

Por la tarde, y de manera sorpresiva, el sargento de guardia llamó a formación y, con la lista de nombres en mano, nos condujo al parque de la Base.⁷ Sin saber los motivos, nos dotaron de modernos fusiles G-3,⁸ 200 cartuchos, casco, uniforme, botas y otros pertrechos de combate. No sabíamos qué sucedía; la orden era que al amanecer debíamos estar debidamente uniformados y armados.

La noticia que se filtró fue que dicho avión nos llevaría a centros mineros para defender el golpe de Estado frente a cualquier insurgencia minera en la región andina. La información también llegó a oídos de la población cobijena y de las madres de familia. Entonces esas valientes mujeres se organizaron y, bidones en mano, se fueron a la pista de aterrizaje, donde estaba parqueado el DC-3, y le rociaron combustible. Querían evitar que llevaran a sus hijos a algún destino incierto.

La acción inesperada de un niño, que se paró debajo del avión en medio de un charco de gasolina, evitó que quemaran la nave cuando ya varias de ellas tenían candelas en las manos. Entonces llegó el *weapon* con oficiales y soldados del Ejército, impidiendo el incendio. Se llevaron a las mujeres al cuartel Riosinho,⁹ pero luego las liberaron, dadas las presiones del pueblo.

En el parte de retreta¹⁰ se dio a conocer oficialmente los nombres de quienes abordaríamos el avión al día siguiente; éramos una sección¹¹ completa. Ya en el “sollao”¹² de la Base, especulábamos cual sería nuestro destino. En nuestras cábalas y comentarios, planeábamos que, en caso de que viéramos la cordillera de los Andes, nos amotinaríamos y secuestraríamos el avión. Total, no sería difícil reducir al sargento, a los pilotos y al mecánico; al final de cuentas, a nosotros nos habían dado armamento de guerra, pero “no iríamos a matar a nuestros hermanos bolivianos”, eran los comentarios de jóvenes de entre 18 y 20 años. Hablábamos de todo aquello sin medir las consecuencias de nuestras palabras o de la responsabilidad que conllevaría, en todo caso, dicha acción.

Esa noche no dormimos. . .

Eran las 5:30 de la madrugada cuando sonó la campana de diana,¹³ llamando a formación. Una de las volquetas de la Armada, la Santa María,¹⁴ estaba estacionada en prevención.¹⁵ Nos embarcamos. El comandante de sección era un sargento inicial. Todavía no sabíamos cuál sería nuestro destino.

7 Lugar de los cuarteles donde se guardan las municiones de guerra y otros pertrechos.
8 Fusil de combate fabricado por la empresa alemana Heckler & Koch.
9 Batallón de Ingeniería VI “Riosinho”, en Cobija.

10 Parte que se da al toque militar para ordenar retirada o para que la tropa se recoja por la noche en el cuartel.
11 Subunidad militar homogénea de 27 soldados (tres escuadras) y su comandante.
12 Sollado. Dormitorio de la tropa.
13 Toque para despertar a la tropa.
14 La Base Naval Cobija tenía tres volquetas: La Santa María, la Niña y la Pinta.
15 Guardia del cuartel, que vela el orden y el ingreso al recinto cuartelario.

Llegando a la pista de aterrizaje, vimos a nuestras madres en el portón exterior del aeropuerto; los soldados del Ejército que lo rodeaban no las dejaron ingresar. Las vimos desde lejos, levantamos las manos en señal de despedida. Con mis camaradas ignorábamos los sucesos de la noche anterior.

Se cerró la puerta del avión (en realidad se trataba de un C-47)¹⁶ y nos sentamos en los laterales. Un silencio absoluto, miradas desconcertadas, temor; incluso se notaba cierta preocupación en el sargento comandante de sección. Durante el vuelo todos estábamos atentos a la geografía, pero solo veíamos la interminable selva amazónica.

De pronto, entre tanta tensión, nos dimos cuenta de que un camarada permanecía quieto, muy quieto, absolutamente rígido y muy pálido. . . Preocupados, le preguntamos qué le pasaba, a lo que respondió, con voz entrecortada: “Es , es la pri , pri , primera vez , que me subo a un avión”. Reímos entre todos y lo alentamos. Fue un momento de distensión.

De pronto, después de aproximadamente media hora de vuelo, el copiloto salió de la cabina y preguntó “¿Alguien conoce el camino a Puerto Rico?”.¹⁷ El viejo C-47 solo contaba con brújula y, al parecer, los pilotos hacían el trayecto por primera vez. Instintivamente, miré a través de la ventanilla y observé un cauce sinuoso cortando la selva; era el río Tahuamanu.

16 Originalmente, un Douglas DC-3, acondicionado para operaciones militares en la Segunda Guerra Mundial.

17 Capital de la provincia Manuripi, en el departamento Pando, a 168 km de Cobija.

Confluencia de los ríos Manuripi (izquierda) y Tahuamanu, (derecha) que forman el río Orthon



Fuente: Gustavo Cortés, marzo 2013, Flickr.

—Solo siga ese río —le respondí—, en su desembocadura está Puerto Rico.

Al llegar nos condujeron a la Base Naval “Puerto Rico” a orillas del río Orthon, ante la curiosidad y el desconcierto de los escasos pobladores. Ahí logramos escuchar el comentario entre los superiores de la Base: “Nos llegó buen material, todos son bachilleres”.

Cerca del mediodía vimos que retornaba el mismo C-47. El sargento nos ordenó armarnos y nos condujo a la pista de aterrizaje, donde el avión carreteaba a la posición de parqueo. Instruyó formar filas dobles desde su puerta. Cuando la abrieron escuchamos algunas exclamaciones y vimos en su interior personas maltrechas, con parches y vendas, mal vestidas, algunos solamente con polera. Las expresiones de asombro y temor fueron notorias al encontrarse, Dios sabe dónde, frente a soldados armados como para un combate. La sorpresa fue mutua.

Fue mutua, digo, porque recién entonces nos dimos cuenta de que nosotros, conscriptos entrenados para defender a la patria, nos convertimos en carceleros de prisioneros políticos y, a su vez, Puerto Rico, una tranquila población, se transformó en un campo de concentración.¹⁸

Por ambos flancos, como si fueran prisioneros de guerra, escoltamos el avance de los presos con dirección a la única escuela existente. El C-47 alzó vuelo nuevamente.

El sargento al mando nos instruyó escoltar a los prisioneros de retorno a la pista. Les entregaron machetes para limpiar de maleza el borde de la pista de aterrizaje, que alcanzaba casi 50 cm de alto. Los prisioneros

no sabían cómo manejar el machete y se notaba su nerviosismo. Les enseñamos y empezaron su trabajo bajo nuestra vigilancia.

Alrededor de las 4 y media divisamos nuevamente el C-47. Cuando aterrizó, se repitieron las maniobras de “recepción”. Esta vez escoltamos rumbo a la escuela a los prisioneros de ambos vuelos, unas 50 personas.

Escuchamos una voz de mando que creímos que era del comandante de la Base, pero luego identificamos a un suboficial que ordenaba: “Llévenlos al río para que se bañen esos cochinos”. Los escoltamos hasta el río Orthon.

Era época seca y bajamos por un barranco para llegar a la orilla. Comenzaron a desvestirse y quedaron en ropa interior. No pudimos ocultar nuestra impresión al observar que tenían una masa negra (coágulos y heridas expuestas) desde las axilas hasta los tobillos. Otros tenían marcas negras en la espalda, en los brazos, en las piernas, heridas en la frente. Era evidente que habían sido torturados. Las expresiones de los camaradas nunca se olvidarán; fue evidente su mezcla de empatía y lástima al observar el perverso resultado de las torturas.

El suboficial gritaba desde lo alto: “empujen al río a esos puercos”. Los prisioneros, que no conocían esas aguas, querían adentrarse en el río. Pero nosotros, conocedores de la región, les decíamos en voz baja: “solo en la orilla, no se metan más, el río es muy encajonado y profundo”. En lo alto, el suboficial continuaba azuzando para que los empujáramos; nos dimos cuenta de sus reales intenciones.

Todo transcurrió sin problemas. El suboficial gritó la orden de que salieran del agua. Los escoltamos hasta su celda, donde, hacinados,

18 Centro de detención o confinamiento donde se encierra a personas por su pertenencia a un colectivo, en vez de por sus actos individuales, sin juicio previo y sin garantías individuales. Es una medida de represión política, puesto que generalmente se usa para encerrar a los adversarios políticos.

guardarían encierro en un ambiente pequeño y muy caliente. Ya se había montado la guardia diurna en esa escuela convertida en prisión.

De retorno a nuestra base, exteriorizamos nuestras emociones. Los sentimientos de solidaridad y contrariedad eran evidentes. “Los de Cobija”, en un puesto militar perdido en la selva, comentábamos la desgracia de esa gente que fue torturada solo por pensar distinto. Se profririeron maldiciones, pero era todo lo que podíamos hacer; estábamos bajo bandera¹⁹ y, por lo tanto, obligados a cumplir órdenes.

Esa noche, en el parte de retreta, se asignó a la sección “los de Cobija” la responsabilidad de la guardia nocturna. La orden: cartucho en boca, arma asegurada. Dos yuntas custodiarían los únicos accesos a la “celda”; uno con salida a la calle y el otro, al patio y los baños.

Nos tocó la guardia de 11 a 1. Al llegar encontramos convenientemente dispuestos los bancos de la escuela para que ocupáramos nuestro puesto. Las horas pasaron en silencio. Durante la custodia nadie dijo nada, nadie hizo ni el menor ruido. Solo se escuchaban los sonidos nocturnos de la selva amazónica. Nuestra guardia transcurrió sin novedad. Llegó el relevo y nos fuimos a descansar. Ese fue un largo día, con muchas sorpresas; por cierto, todas desagradables.

Al amanecer sonó el llamado a diana. Según el orden del día, los camaradas de la Base Puerto Rico estarían bajo las órdenes del suboficial de

guardia; los de Cobija, bajo las órdenes del sargento inicial. Se nos instruyó que durante el día dispusiéramos de nuestro tiempo con cierta discrecionalidad; eso nos permitiría estar descansados para la guardia nocturna.

En el transcurso del día, desde el “sollao” escuchábamos cómo el suboficial gritaba y profería toda clase de órdenes, insultos y malos tratos a los conscriptos bajo su mando, que era gente humilde.

Llegó la hora del rancho.²⁰ En nuestros platos de campaña nos sirvieron una sopa espesa y oscura, hecha solo de harina de trigo y charque²¹ de pescado, con sabor a quemado y “quiabó”, muy desagradable, pero el hambre siempre gana.

Transcurrieron los días y nos dimos cuenta de que sería imposible cualquier intento de fuga de los prisioneros; la selva y el desconocimiento de la región no lo permitían. Puerto Rico solo se conectaba por tres rutas: a Cobija, a Conquista²² y a Nacebe.²³

El 16 de agosto, ya en un ambiente distendido, al aproximarnos a nuestros puestos de la guardia nocturna, escuchamos el sonido de una guitarra y una voz que cantaba “en Riberalta, en Puerto Rico, la alegría

20 Comida para la tropa.

21 Carne salada secada al sol.

22 Comunidad próxima al río Madre de Dios, donde existen plantaciones de goma.

23 Comunidad ubicada a orillas del río Orthon, aproximadamente a 25 kilómetros de Puerto Rico.

19 En servicio militar activo.

es la que manda, palomitay”.^{24 25} Al acercarnos, nos enteramos de que un oficial (alférez) era amigo o familiar de uno de los presos, y que ese día llegó al cumpleaños de este. Había un grupo de personas con jarros de campaña en mano haciéndole coro al que cantaba. Luego trajeron una gran olla con una bebida preparada a base de agua, alcohol y refresco; sabemos que esos eran los ingredientes porque también bebimos unos dos o tres tragos. Todos festejaron.

Tal situación nos permitió darnos cuenta de que, en realidad, todos los que estábamos bajo bandera solo cumplíamos órdenes, porque quien no obedeciera afrontaría las consecuencias por desacato. Pero, al final de cuentas, no teníamos razones para ser enemigos entre bolivianos, como nos lo hacían creer. Al día siguiente de esa experiencia, el 17 de agosto de 1980, alrededor de las 8 de la mañana, juramos lealtad a nuestra bandera en Puerto Rico.

Esa noche, al montar guardia nuevamente, notamos que uno de los confinados no podía dormir. Nos dijo que le faltaba el aire; parecía asmático. Le abrimos la puerta y se sentó en un banco frente a nosotros. Comenzamos a charlar y nuestra curiosidad nos llevó a preguntar que les habían hecho, a lo que respondió: “A mí me capturaron en La Paz. Me llevaron con los ojos vendados a algún lugar, donde había otros presos,

y me encerraron con ellos; algunos estaban muy maltrechos. De pronto, entraron paramilitares vestidos de civil y nos llevaron de uno en uno a un cuarto contiguo; los que quedábamos escuchábamos golpes y gritos. Así, nos fueron torturando psicológica y luego físicamente. Creo que cuando me tocó ya estaban cansados; no me golpearon mucho. En medio de los golpes preguntaban dónde estaban nuestros cómplices y dónde escondíamos las armas. No sabemos cuánto duró ese suplicio, pero fueron muchos días”.

La historia del confinado continuó: “En algunos momentos de charla en la oscuridad, me enteré de que en una universidad capturaron a muchos universitarios, a quienes, además de golpearlos en un centro militar naval, también les preguntaban donde escondían armas. A ellos les hacían cavar sus propias tumbas, luego les vendaban los ojos, les decían que serían ejecutados y luego disparaban al aire”. Tuvimos una larga conversación con él. Antes que llegara el relevo, lo devolvimos a su celda.

Los días pasaron hasta que llegó la orden de repliegue de la mitad de la sección militar “los de Cobija”. Para entonces, ya habíamos entablado alguna amistad, si vale el término, con los confinados. Me pidieron llevar cartas para sus familiares, y si podía remitirlas desde Cobija. Acepté, pidiéndoles mucha reserva. Los destinos eran generalmente La Paz y Cochabamba.

Al amanecer del día siguiente, hicimos a pie el recorrido hasta Nacebe, a unos 25 km. Ahí nos esperaba una camioneta de la Prefectura para transportarnos a la capital.

Una vez en Cobija, deposité las misivas en el correo, pero nunca supe si llegaron a destino. De lo que sí estoy seguro es de que la noticia

24 Expresión metafórica valluna-andina para referirse cariñosamente a una doncella.
25 Parafraseando la letra del huayño “Gracias a Dios soy soltero”, que en su versión original dice: “en esta esta banda, en la otra banda, la alegría es la que manda, palomitay”.

se filtró porque un superior me reclamó las cartas. Por supuesto que lo negué rotundamente. En todas partes se cuecen habas.

Ya en la Base Naval “Cobija”, los días se hicieron rutinarios. Una tarde llegó el segundo grupo de la sección “los de Cobija”. No supieron darnos novedades sobre el repliegue o el destino de los presos políticos. Supusimos que fueron llevados a sus lugares de origen, pero nunca lo corroboramos.

Sin embargo, la novedad principal fue que el suboficial, sorprendido maltratando injustamente a un camarada, fue interceptado por el comandante de la Base de Puerto Rico. Este, cansado de los abusos, se acercó violentamente y le arrancó los grados, tirándolos al piso. El relato continúa: “Al día siguiente, el suboficial abordó una embarcación con destino a Riberalta. Al alejarse de la orilla, arrojó su gorra a las aguas del Orthon y la observó hundirse lentamente”. Ahora que lo pienso, aquel acto fue un presagio del fin de las dictaduras militares en Bolivia.

Llegó el día del licenciamiento y de nuestro retorno a la vida civil. En Cobija, donde casi nunca pasaba nada, continuamos con nuestras vidas hasta que llegó el momento de partir en busca de formación profesional. En esta ciudad no había una casa de estudios superiores.

Por los azares de la vida, marché a formarme en el Beni. Recordemos que el golpe de 1980 se inició y, al parecer, también se gestó en Trinidad, la capital. En la Universidad Técnica del Beni²⁶ nos encontramos con un

excamarada del cuartel y conocimos a alguna víctima del golpe que logró retomar sus estudios (la mayoría los abandonó). Pudimos evidenciar, entonces, que era verdadera la historia relatada en Puerto Rico sobre los universitarios torturados.

Según testimonios, los llevaron a la Escuela de Sargentos “Sargento Zeballos”, ubicada en Loma Suárez.²⁷ La historia, narrada por un universitario que vivió las torturas, era que un compañero, temeroso de las acciones militares, y sin poder soportar el interrogatorio, aceptó que en la Universidad del Beni había un arsenal escondido. Debido a esa información, los estudiantes sufrieron mayores torturas físicas y psicológicas. Conocimos personalmente al universitario en cuestión; sus compañeros y camaradas siempre lo consideraron “el traidor”.

Logré culminar exitosamente mis estudios. Muchos quedaron en el camino; no supe más de ellos.

Después de casi 42 años, aún conservo esos recuerdos vivos en mí. Fuimos carceleros de un campo de concentración, es cierto, pero nada podíamos hacer, y tampoco fue para nada una buena experiencia. . .

A los presos políticos jamás los volví a ver. Sin embargo, quedan en la memoria los acontecimientos y los testimonios de una cruenta historia en la que se levantaron hermanos contra hermanos, amigos contra amigos, bolivianos contra bolivianos. Eso nunca debió suceder.

26 Actual Universidad Autónoma del Beni, en Trinidad.

27 Localidad ubicada a 12 km de Trinidad, hacia el noreste, a orillas del río Ibare.

Primer lugar
Categoría: Fotografía

Santos Winston Miranda Ramos / Obra: Kilómetro 0 / El Alto













Segundo lugar

Categoría: Testimonio, crónica o reportaje

Ruth Eliana Chuquimia



Javier y los “ninguno” de la dictadura de Luis García Meza

Ruth Eliana Chuquimia / La Paz

Aún recuerdo el día en que te asesinaron. Mi hermana Rosario dormía en su cama mientras que con mi mamá y Luz mirábamos la televisión, que celebraba un año de transmitir su señal a color.

Una voz que venía del dormitorio contiguo nos asustó:

—¡No, no, no disparen! ¡No!... ya lo mataron —gritó mi hermana dormida, mientras convulsionaba, muerta de frío.

Mi madre pidió guardar silencio.

—No la toquen, podría no volver a despertar más —dijo. Unos minutos después sonó el teléfono. Era mi primo Edgar Monroy.

—Tía, asesinaron al Javier, lo balearon los militares —explicó con voz entrecortada.

En ese instante, mi padre golpeó con fuerza la reja de la puerta. Llegó jadeante y sin aire. Había corrido para evitar que el toque de queda le quitara la vida. Ni bien acabó de subir el último escalón, mi madre le dio la noticia.

—Los militares mataron a Javier, lo ametrallaron —le dijo, imaginando la escena.

Mi hermana Rosario, ya despierta y de pie, no entendía qué pasaba ni recordaba su pesadilla, pero mientras mis padres hablaban, mi hermana Luz le contó lo sucedido. Mi padre telefoneó a la casa de su hermana Francisca e interrogó al primo Edgar, su hijo.

—Tío, los militares mataron a Javier —afirmó Edgar—. Logramos meter su cuerpo al patio de la casa, pero varios de ellos son conscriptos armados y quieren llevárselo. Tienes que venir.

Mi padre, el mayor de los ocho hermanos, hizo otra llamada y de inmediato salió a la calle. Media hora después llamó por teléfono.

—Llegué bien —informó—. Aquí amaneceremos, pero no se llevarán el cuerpo. La junta de vecinos del barrio ayudará. Duérmanse, será un largo día —presagió.

En la casa sin número de la empinada calle IV Centenario, la familia y los vecinos protegieron el cuerpo del difunto que, ya tieso, yacía en el piso del patio envuelto en sábanas. “Cuando los militares ingresaban, los primos, tíos y vecinos que estaban en la casa se arrojaron sobre el cadáver. Las mujeres y los más jóvenes lloraban sobre él para que no se lo llevaran”, recuerda mi primo Edgar, mientras observa desde su oficina la paz que hoy rodea su trabajo, frente a la plaza Abaroa y al Ministerio de Defensa.

La noche se hacía interminable, hasta que un rayito de sol anunció el fin del toque de queda. Eran las 6 de la madrugada; ya se podía transitar libremente. Muy temprano también llegó el médico forense, que al analizar el cadáver certificó: “Javier Quisberth Chuquimia. Diagnóstico: hemorragia interna pulmonar por herida de bala. En conformidad, se autoriza la inhumación. Firma: doctor César Rabaza, médico forense”. Así, el certificado de defunción confirmaba que el único tiro que salió del fusil del Ranger fue certero.

“El disparo fue por la espalda. La bala le dio en el pulmón y se alojó en el corazón. Yo escuché un golpe en la puerta. Abrí. Javier se desplomó en mis brazos. Alcanzó a decirme: ‘hermano, sálvame’. Pero ya era tarde, él falleció. Vi a los militares correr. Arrastré el cuerpo al patio y lo protegí” continúa recordando Edgar, el mayor de los primos.

El médico forense enfrentó su propio drama. Ni bien retornó a casa el doctor Rabaza, un grupo de militares se plantó en su puerta y lo obligó a emitir otro certificado de defunción donde se suprimía la frase “por herida

de bala”. Mientras los militares intentaban borrar el asesinato, mi padre, Plácido Chuquimia, firme como un roble, ya estaba en el cementerio. Ni bien abrieron la puerta, entregó el certificado de defunción original y regresó a la casa con el pase de inhumación.

El lunes 2 de febrero de 1981, Javier yacía en un féretro de madera, flanqueado por su familia y sus vecinos. Afuera, un *caimán* (como se llama a los camiones militares) y varios conscriptos se apostaron para evitar el entierro. La tensión terminó a las 3 de la tarde, cuando un vecino, portando el estandarte de la junta de vecinos de la populosa zona de la Buenos Aires, encabezó la marcha. La caja de madera, con el cuerpo adentro, partió en hombros calle abajo, dando la espalda a los militares, hasta alcanzar la avenida principal, la Buenos Aires, siempre abarrotada de gente. Edgar relata que a la altura de la calle Los Andes un contingente de oficiales los paró.

—Si no suben el cadáver a un carro ustedes van a desaparecer —nos amenazó, recordándonos que estaba vigente el estado de sitio, que otorgaba a la dictadura poderes excepcionales, como allanar casas, detener personas, procesarlas, desaparecerlas o asesinarlas.

Lo subieron al carro fúnebre y, a la velocidad de un rayo, llegaron al cementerio.

—Abreviamos y apuramos los discursos por la impotencia y la bronca —dijo Edgar.

Anita, la hermana mayor de Javier, cuenta que recién les avisaron del asesinato a las 6 de la madrugada de ese lunes.

—Primero me explicaron a mí y yo no sabía cómo decirle a mi mamá, Mercedes, y a mis hermanos Susana y Hernán. Solo recuerdo que llegamos al lugar, vimos el cadáver y ahí estábamos. No comprendíamos ni dimensionábamos los que estaba ocurriendo —afirma Ana—. Javier nos había prometido protegernos y ayudarnos estudiar, pero su muerte nos sumió en la pobreza. Mi madre perdió su fuerza y se dejó llevar por la depresión y la pena. Nosotros pasamos a un segundo plano. Aunque no lo decía, ella tomó otro camino, hasta su prematura muerte, que nos dejó huérfanos —narra, con la voz temblorosa y los ojos llorosos.

—De él no quedó nada, ni un solo papel. Presumimos que los militares lo tenían todo. Hoy solo me quedan unas fotos, el recuerdo de cuando jugábamos, la certeza de que prestó su servicio militar en Santa Cruz y de que en el Cementerio General hay una tumba. Pero hoy no queda nada más. Como vivíamos amenazados, nos entró miedo. Salimos adelante como pudimos —afirma Anita.

Le digo que ya no tenga pena, que como Javier y ella, todos éramos adolescentes que recién empezábamos a forjar un futuro. ¿Qué podíamos hacer?

Después del entierro, Javier pasó a engrosar la lista de los “ninguno” asesinados en la dictadura de Luis García Meza y Luis Arce Gómez. Él no aparece en los registros de la Comisión de la Verdad, en los de Derechos Humanos... No es parte de los mártires recordados por ser militantes de algún partido político. El Estado ignoró a los “ninguno” porque fueron asesinados, como Javier, solo porque los alcanzó el toque de queda.

La prensa tampoco pudo hacer mucho por los “ninguno”. La marcha militar “Talachocha”, compuesta por el capitán Francisco Suárez Pando para evocar las victorias de las batallas de Yanacocha y Socabaya, era la cortina musical, el telón de fondo con que se iniciaba todos los días la cadena nacional de prensa, el monopolio oficial de la información de la dictadura. Los grandes periódicos, como *Presencia*, *Última Hora* o *El Diario*, fueron acallados. Solo las juntas de vecinos, en señal de protesta y evocando a la muerte, tocaban en sus sedes, a todo volumen, la marcha militar, que anunciaba el velorio de otro asesinado o desaparecido.

Cuarenta y un años después me propuse escribir esta historia. Visité las hemerotecas de La Paz. En varias de ellas se perdieron ejemplares de este periodo. Los del semanario *Aquí* prácticamente desaparecieron, igual que los de *Meridiano*. Solo sobreviven unos recortes de periódico transferidos por CEDOIN a la Biblioteca Municipal.

“Todo boliviano que denigre a este país será declarado traidor a la patria [...] Todos los elementos que han sido aprehendidos que estaban en función de pseudo-sindicalistas, activistas, traficantes de la política, subversores, tienen que dejar el país. Hasta dentro de 20 días no habrá ni un detenido en el país. A otros los vamos a residenciar para que aprendan a trabajar y a los tontos útiles los vamos a dejar en el país, para que se integren. A partir de este momento todos los elementos que contravengan el decreto ley deberán andar con el testamento bajo el brazo porque vamos a ser taxativos, no va a haber perdón”, amenazó al país Luis Arce Gómez, ministro del Interior, el 17 de septiembre de

1980, al cumplirse dos meses de su asalto al poder político en Bolivia. También ratificó la vigencia del estado de sitio y el toque de queda. Todos los medios reprodujeron textualmente su declaración.

Cuatro meses después, el 15 de enero de 1981, Arce Gómez cumplió su advertencia. Ejecutó en la calle Harrington, en la zona de Cristo Rey de La Paz, a Luis Suárez, Arcil Menacho, José Reyes, Ramiro Velasco, Artemio Camargo, Ricardo Navarro, Jorge Baldivieso y Gonzalo Barrón. Todos ellos eran militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido fundado por Jaime Paz Zamora, quien ese día todavía se recuperaba de las quemaduras que había sufrido el 2 de junio de 1980, cuando la avioneta alquilada a la empresa aérea de Luis Arce Gómez se estrelló en Laja, dejando seis muertos. Paz Zamora fue el único sobreviviente.

Las hojas ya amarillentas de los periódicos reflejan cómo el asesinato de los ocho de la Harrington provocó el endurecimiento del régimen. Poco podían hacer los civiles sin armas. Solo los debilitaban los intereses personales de los exdictadores por recuperar el poder, entre ellos Hugo Banzer Suárez y Alberto Natusch Busch. Estados Unidos estaba tras ellos por su actividad en el tráfico de la cocaína. En un acto de soberbia, cinco días después del asesinato de la calle Harrington, la noticia que el Gobierno dio al respecto era: "Después del enfrentamiento armado con un grupo de extremistas, el Gobierno decidió entregar los cuerpos de los fallecidos a sus familiares. Anunció una investigación con el fin de dar con los elementos subversivos y encubridores".

En el país cada día se sumaba una muerte o un desaparecido. Para el régimen, la mayoría eran criminales, alborotadores o elementos subversivos que se mataban entre ellos. Esporádicamente, y entre líneas o en pequeños recuadros, la prensa decía: "DIN informa que hubo tres muertos y 19 presos esta semana", "Incidentes en el toque de queda: una ráfaga de ametralladora se disparó contra un joven que no obedeció la orden de 'detenerse' en Miraflores [...]"; "Dos terroristas fueron muertos en Santa Cruz", "Jóvenes de 17, 18 y 19 años fueron detenidos llevados al SES porque distribuían panfletos [...]". Otros utilizaban los necrológicos para denunciar los "trágicos" fallecimientos. Entre ellos el del joven Ramiro Hernán o la muerte de Félix Filiberto Rivera, acribillado por el SES. Solo el semanario *Aquí y Meridiano* hicieron frente a la dictadura.

Los "ninguno" de la dictadura a veces se sumaban como un número más a los asesinados; otros eran recordados junto al asesinado líder Marcelo Quiroga y declarados mártires, como los ocho de la calle Harrington, en reconocimiento a su lucha.

Mis hermanas Rosario y Mary y yo, a modo de recordar a Javier, dejábamos abierta la reja que daba a la calle y al jardín que bordeaba la casa, situada estratégicamente en la esquina de la plaza Lira. Esa era nuestra trinchera de vigilancia. Empezábamos a las 11 de la noche, con el toque de queda, y muchas veces nos quedábamos hasta las 2 de la madrugada. Todas las noches, faltando 15 minutos para las 11, llegaban a la plaza Lira los *caimanes* llenos de conscriptos. Su sede de operaciones estaba en el estadio del club Bolívar, que es adonde llevaban a los presos

o a los cadáveres del toque de queda. Los conscriptos formaban grupos de seis e iban patrullando en dirección a las plazas Andreu y España, hacia las avenidas Jaimes Freyre y General Lanza y hasta la iglesia de Cristo Rey. Un grupo permanecía siempre rondando por la plaza Lira.

Vigilamos 137 días. Fueron los días que duró la dictadura de Luis Arze Gómez después de la muerte de Javier. A veces sacábamos la cabeza por la ventana de la cocina, siempre con la luz apagada; otras, por los agujeros triangulares de los ladrillos que adornaban las terrazas del segundo y tercer piso de la casa. Nuestros ojos detectaban a los que se deslizaban suavemente contra la pared. Atentas, vigilábamos y alertábamos a los que caminaban en pleno toque de queda, hombres por lo general.

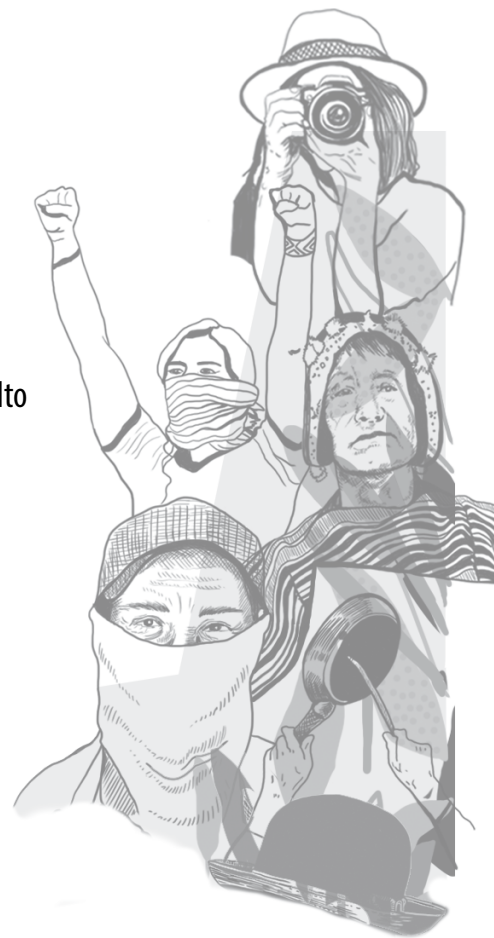
—¡Señor, señor! Están en la esquina, le van a disparar. Entre, la reja está abierta —susurrábamos, muertas de nervios y de miedo.

Los más osados esperaban unos minutos en el jardín y nos preguntaban si ya se habían ido los soldados y salían a la carrera. Los más cautos preferían esperar hasta el amanecer. Mi madre sospechaba de nuestras andanzas. Llena de rabia, pero también de miedo, se sumó a la aventura.

Han pasado 41 años. Todos los protagonistas de esta historia estamos vivos. Recordamos la dictadura desde pequeños porque vivimos con ella. El colegio de nuestra infancia estaba cerca de la universidad (UMSA), que combatió a Hugo Banzer, y el de nuestra adolescencia, frente al Gran Cuartel de Miraflores, donde se atrincheró el dictador Natusch Busch. Hoy todavía nos preguntamos a cuántos salvamos de ser un “ninguno”.

Segundo lugar
Categoría: Fotografía

Sara Aliaga Ticona / Obra: En memoria de... / El Alto



En memoria de . . .

El 15 de enero de 1981 mi madre, que estaba en el colegio, escuchó por la radio que ocho jóvenes dirigentes del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) fueron asesinados en la calle Harrington. Mientras tanto, en Guaqui, mi abuelo Juan Ticona Monje —oriundo de dicha comunidad, exjugador del club de fútbol The Strongest y, por ese entonces, dirigente nacional de los ferroviarios de ENFE—, era capturado en el lugar donde se escondía junto con otros dirigentes perseguidos por la dictadura de García Meza, y trasladado al Regimiento de Caballería 5 “General Lanza”, con asiento en el propio Guaqui, para ser fusilado.

En un camión, esposado y camino al paredón, se puede decir que el fútbol le salvó la vida: un soldado que en su juventud admiraba a mi

abuelo por ser un gran goleador del “Tigre”, y al que una vez ayudó a cumplir con su sueño de jugar en ese equipo de fútbol, lo reconoció y lo ayudó a escapar.

Mi abuelo fue un líder empático y solidario con sus compañeros fabriles y con una gran conciencia social. Además, era un abuelo ejemplar, siempre justo. Mi abuela me contaba historias increíbles de él; era nuestro héroe. Sus palabras y acciones permearon no solo a sus hijos, hermanos y amigos, sino también a los pobladores del puerto de Guaqui, que aún lo recuerdan. Para mí, especialmente, ha sido un faro personal y profesional. Esto va en memoria de Juan Ticona Monje, mi “Papá Juanito”, un hombre que luchó por la democracia.

DIARIO DE LA MAÑANA

LA PAZ (BOLIVIA), Viernes 12 de Enero de 1962.

TICONA FUE TASADO EN 17 MILLONES

Los dirigentes del club Universitario, en su afán de conformar un elenco capacitado para el certamen del presente año, pidieron el pase del centro delantero de Lanza, Juan Ticona. Directivos del club tricolor tasaron al piloto en 17 millones. Esa fue la respuesta.

Además de Universitario, se interesan en el concurso de Ticonas Bolívar, Strongest y Municipal. Los celestes habrían ofrecido siete millones, mientras que los atigrados, solamente cinco. Las negociaciones siguen su curso y podría llegarse a un entendimiento

con la entidad que pague el precio más alto.

ALIANZA MUELLE

Un conjunto peruano, Alianza Muelle de Puno, también se interesa en Ticona. Los de Lanza pidieron 40 mil soles por el pase. No hay pronunciamiento de la entidad peruana.

MAXIMO ALCOCER

Extraoficialmente se hizo saber que Municipal estaría interesado en el jugador Máximo Alcocer por quien pagaría una suma elevada. Los compromisos internacionales que debe afrontar el equipo...







Pape

Es difícil aceptar

grabado en nuestros

de tu i

Damos gracias a Dios

Grindado u cariñosa

maravillosa padre,

luz de r

Papito Dios te tenga



Mi abuelo Juan Ticona Monje fue un gran jugador de futbol en la década del 60'

Fue jugador del club Tha
Strongest



Jugaba de delantero

Esto posteriormente en la dicta dura de Garcia Mesa le salvaria la vida

Tercer lugar

Categoría: Testimonio, crónica o reportaje

Randolf Marcelo Solares Peralta



Sobreviviendo

Randolf Marcelo Solares Peralta / La Paz

La televisión mostraba reiteradamente el juramento como presidente del dictador Banzer. La noticia retumbaba en el pequeño cuarto donde vivía mi familia, que había migrado de La Paz a Oruro por el trabajo de mi padre. Mi madre, sobre uno de los catres, daba de lactar a la bebé recién nacida. Era el 21 de agosto de 1971.

Una muchedumbre pretendía asaltar la casa donde vivíamos, que quedaba vecina a los almacenes de la Aduana Nacional. Cuando los escuché decir “Aquí asaltaremos”, pero sobre todo cuando vi la actitud de la persona del grupo que lo afirmaba, el miedo se apoderó de mí. Felizmente no lo hicieron. Mi madre seguía con sus labores de ama de casa, tratando de conservar la calma para no asustarnos.

Entonces sonaron ráfagas de ametralladora. Mi hermana y yo burlamos a mi mamá, que sostenía al bebé que lloraba, y salimos al patio. Pude ver a lo lejos a los mineros que, en los cerros contiguos al cerro Pie

de Gallo, resistían la metralla de aviones de guerra. Algo estaba pasando; rápidamente, mi madre nos metió nuevamente al cuarto.

Así, en medio de un golpe de Estado, mi madre se batía en el cuarto con una recién nacida, un hermano discapacitado, sus otros dos hijos y un estibador de trenes que no pudo regresar a su casa, todos muertos de miedo. Además, mi padre no volvía de las barricadas, y los soldados se subían a los techos de los almacenes de la Aduana.

Por las cortinas de nailon de las ventanas veíamos a los militares desplegarse por la calle Velasco Galvarro, donde quedaba mi casa, a una cuadra del cuartel de la Segunda División del Ejército.

Quién se imaginaría que cuatro días después de que naciera mi hermana menor mi madre haría todo lo posible por arrinconarnos debajo una vieja mesa de madera a mis hermanos, a mí y al estibador de trenes, para evitar que nos llegaran balas perdidas. Permanecimos bajo esa mesa toda la tarde y toda la noche.

Recién al día siguiente, muy temprano, mi padre llegó a la casa, bastante preocupado por mi madre y principalmente por la bebé. Era increíble: mi madre era la más calmada de todos. Mi padre tomó a la bebé en brazos y nos llevó a una zona llamada “La Rotonda”, donde vivía su prima.

Cuando volvimos a casa unos días después, vimos que los soldados habían destrozado la puerta de la cocina y encontrado mote (maíz cocido), que mi madre traía de los valles de Sorata. Felizmente, no se llevaron nada más.

Al volver la calma pudimos observar los agujeros de las balas. Una de ellas se había detenido milagrosamente en la calamina del cuarto, perforándola.

La lucha por la democracia no solo se dio en las calles, plazas y caminos; también se dio en los cuartos, en los hogares y en las casas, pero no terminó ahí. Es una lucha de toda la vida. Mi padre ya murió, pero mi madre, que tiene 86 años, sigue “sobreviviendo” con mucho amor, como en esas jornadas trágicas de agosto del 71, con mi hermano discapacitado, que ya tiene 53, y sus otros tres hijos. Recién vamos comprendiendo la verdadera dimensión de aquellas y aquellos que luchan toda la vida. Como sostiene Brecht, esos son los imprescindibles.

Tercer lugar
Categoría: Fotografía

Andrea Catalina Ulloa Velarde / Obra: Libres de elegir / La Paz







Menciones especiales



Nunca dejé de correr

Madaí Julia Sivila Torres, sobre el relato de su hermano Sandro Mariane / Sucre

Estaba en casa, durmiendo. Eran las 6 de la mañana del 1 de noviembre de 1979 cuando mi mamá me despertó, asustada y ansiosa. Me dijo que debía ir corriendo más allá de Tupiza, camino a Cotagaita, unos 4 o 5 kilómetros, y encontrar a mi papá, que estaba transmitiendo la gran carrera del Premio Nacional de Automovilismo. Sus palabras están todavía en mi memoria: “Rápido, andá corriendo, alcanza a tu papá y dile que los militares están apresando a los dirigentes y a los periodistas”.

Tenía 10 años y quisiera contarles de los amigos que tenía, de los juegos que disfrutábamos, de cuánto nos divertíamos. Pero no fue así porque ese día comenzó el golpe de Estado de Alberto Natusch Busch, un hecho que transformó toda mi niñez: me convertí en mensajero secreto. Ese día, a las 2:30 de la madrugada, en vísperas de la celebración de Todos Santos, anunciaron que las unidades blindadas del Regimiento Tarapacá habían ocupado la Plaza Murillo en la ciudad de La Paz. La

noticia llegó a Tupiza, mi mamá la escuchó y entonces me despertó. Aunque yo desconocía la situación política, comprendía la importancia de llegar hasta donde se encontraba mi padre y repetirle con todo detalle el mensaje que le enviaba mi mamá, porque de eso dependía su seguridad e incluso su vida.

Esa media hora, mientras corría, miraba algunos autos que se preparaban para la carrera; la gente no parecía preocupada como mi mamá. Pude encontrarlo y le avisé que los militares estaban arrestando dirigentes. Inmediatamente, mi papá dejó a su compañero los aparatos de transmisión y se fue conmigo, pero antes de llegar a Tupiza me dijo que me fuera a casa y que le avisara a mi mamá que él no regresaría.

Una profesora, que vivía pasando los rieles del tren, varias cuadras más allá de la plaza principal, permitió a mi papá ocultarse más de un mes en su entretecho. Ahora yo tenía una nueva misión: cada mediodía salía de casa en bicicleta para llevarle la comida, y él solo bajaba de su escondite

para ir al baño. No hablaba mucho. Me miraba con tristeza y a veces me preguntaba por mis hermanos y por mi madre. Otras veces no lo veía.

Mi papá, Julio Sivila, trabajaba como periodista en la radio Cuarto Centenario de Tupiza; también era profesor y dirigente sindical de los maestros urbanos. Durante los días en que permaneció oculto escuchábamos que desaparecían líderes sindicales y que mataban a otras personas. Según los registros y periódicos de la época, asesinaron a más de 208 ciudadanos. Recuerdo que en ese tiempo el pueblo parecía un cuartel militar. Había muchos más soldados que de costumbre en la sede del comando de la Décima División del Ejército y del Regimiento de Caballería 7 Chichas, y todo el tiempo pasaban camiones llenos de tropa. Poca gente caminaba, muy pocos niños jugaban en la calle, no había personas charlando ni mujeres reunidas, y los espacios deportivos estaban vacíos.

En la escuela Antofagasta, donde estudiaba, tenía miedo. Siempre viene a mi mente un día a la hora del recreo, cuando un niño, hijo de un militar, pateó a otro sin motivo y nadie hizo nada; mi maestra no reaccionó y se quedó callada. Ellos, los hijos de los militares, hacían lo que querían, podían presentar la tarea o no, no escuchaban a los profesores y recibían las mejores notas. No recuerdo mucho sobre ese tiempo en mi escuela; tengo en mi memoria los nombres de Carlos, Héctor y Moisés, con quienes pasábamos muchos momentos. Nunca les conté lo que ocurría en mi familia. Intentaba comportarme normalmente y pasar desapercibido para que no se dieran cuenta de que mi madre estaba sola y que yo le llevaba comida a mi padre; me imaginaba que, si me seguía, podían atraparlo.

Mi madre era maestra de primaria en la escuela Gregorio Pacheco. Ella no dejó de trabajar. Era delgada, muy activa, siempre en movimiento, seguramente porque debía atender la casa e ir al trabajo. La recuerdo hermosa, la piel blanca y el cabello castaño largo, siempre sujetado; aunque parecía tan delicada, no había problema que no afrontara.

Cada día se levantaba muy temprano para dejar la comida preparada, alistar a mis hermanos, darnos el desayuno, cambiarse y salir con nosotros a la escuela. Después de almorzar siempre había ropa que lavar, pisos que barrer. . . Una rutina diaria que en esos días del golpe de Estado se duplicaba porque además debía estar pendiente de mi padre, preparar su comida para que yo se la llevara en bicicleta. Cuando regresaba me preguntaba si lo había visto, si me dejaron entrar, si alguien me vio en el camino.

Después de un tiempo, mi papá pudo volver a casa y continuó siendo maestro del colegio Suipacha. Le emocionaba enseñar filosofía y lenguaje y hablar de la vida, de la libertad, de escribir sin temor. No pudo volver a la radio porque a él le gustaba dar el informativo del medio día, pero el dueño le advirtió que era peligroso contar lo que sucedía.

Un año después, en 1980, yo tenía 11 años. Recuerdo perfectamente el 17 de julio porque en Tupiza hubo una vigilia en la plaza central. Al salir de la escuela, por los parlantes de la iglesia, escuchamos que militares habían ingresado a la sede de la Central Obrera Boliviana en La Paz y asesinado a Marcelo Quiroga Santa Cruz. También arrestaron a muchos otros dirigentes que estaban ahí en ese momento. Nuevamente el temor y la represión amenazaban a nuestra familia y a muchas otras.

Hasta entonces, mis padres habían recogido la encomienda con el semanario *Aquí*, que dirigía el padre Luis Espinal, contestatario al régimen militar. Por las noches salían a dejar el periódico por debajo de las puertas; si veían a los militares intentaban ocultarse en algún rincón oscuro de la calle y regresar rápidamente a casa. Fue un tiempo muy agitado y peligroso para ellos, mientras nos cuidaban y nos daban todo lo necesario.

Pero en 1980 la represión de los militares fue incluso mayor que en 1979. Yo, el hijo mayor de cuatro hermanos, escuchaba y veía muchas cosas, aunque no entendía la mayor parte de lo que sucedía. Como aquella noche, más o menos a las 2 de la madrugada, en la que cinco o seis soldados ingresaron a mi casa, una pequeña vivienda de adobe con pocas habitaciones de gruesas paredes que calientan en las noches y refrescan en los días calurosos. Entraron por la fuerza con muchas armas, ametralladoras, rifles y gritos intimidantes, como si fueran a dispararnos. Sacaron a mi padre de su cama y se lo llevaron, mientras nos apuntaban con sus armas. Luego yo me oculté en otra habitación; mientras tanto, mi mamá y mi abuela se quedaban con mis hermanos. Escuchaba a mi abuelita sollozar y rezar.

Al día siguiente, todas las actividades diarias continuaban como si lo ocurrido la noche anterior hubiera sido un sueño o producto de mi imaginación. Casi inmediatamente hice mi primera comunión en la iglesia de Tupiza con el arzobispo de Potosí. Yo lloraba sin poder contenerme en medio de la celebración, pensando en mi padre, en mi familia, en la idea de no poder volver a verlo, de no ser un superhombre que pueda enfrentar a los malos con un rayo mágico. Nunca olvidaré esos momentos.

Días después nos enteramos de que mi papá estaba en la cárcel de la Dirección de Inteligencia Nacional (DIN), dependiente de la Policía. Nuevamente, cada día iba a la prisión en bicicleta llevándole la comida. Ingresar a ese lugar me parecía entrar a un socavón oscuro, angosto, espinoso. Me maltrataba los dedos al rozar la pared. No podía ver a mi papá, solo lo escuchaba decirme “déjame, dame, ándate”.

Percibí que había mucha gente en ese lugar: se los escuchaba hablar, gritar, llorar. Recuerdo haber reconocido la voz de un amigo, Carlos, que me habló desde su celda alegando su inocencia. Él vivía al lado de donde vendían el periódico *Presencia* y pensaron que era opositor al golpe de Estado. Mucho tiempo después me enteré de que él y otros, como mi papá, fueron violentados, maltratados, agredidos y muchas cosas más que me cuesta nombrar por el dolor que me provoca.

Semanas más tarde, gracias a rumores de la calle, mi mamá se enteró de que los militares estaban pensando en trasladar o exiliar a mi padre. De hecho, en medio de la noche, y sin abrigo, lo sacaron de la cárcel en un camión rumbo a Potosí, luego a Sucre y, finalmente, a Santa Cruz. Mi mamá, sin pensarlo dos veces, tomó lo necesario y algo de dinero y salió de viaje sola; necesitaba saber dónde lo llevaban y qué harían con él.

Cuando mi padre llegó a Sucre, un tío querido, de corazón valiente, fue a buscarlo y pudo verlo y entregarle ropa y abrigo, a pesar de que siempre estaba rodeado de militares armados.

Mi padre, a quien llamaban el “cerebro rojo del Sur”, tenía todo en contra por ser periodista y dirigente sindical. Sin embargo, apareció en su

camino un coronel, de apellido López, que evitó su desaparición porque no lo consideró “tan peligroso” y permitió que lo trasladaran a Santa Cruz. En esa ciudad, otro militar que tenía un vínculo familiar con mi madre lo dejó libre con la condición de que no regresara a Tupiza y se presentara una vez al mes en el regimiento. Mi papá se quedó en Santa Cruz, sin trabajo, sin dinero y sin amigos. Yo siempre me preguntaba si comería, si tendría lo suficiente, si tendría un lugar donde dormir.

Durante un tiempo cumplió las órdenes de los militares, pero cuando parecía que el Gobierno de facto de García Meza se debilitaba, se ocultó en un municipio llamado Villa Serrano, y por mucho tiempo no supimos nada de él.

Mi mamá no pudo verlo en esa situación, pero de alguna manera se comunicó con él y se enteró de que no volvería a Tupiza. A su regreso, y por el resto de ese año de 1981, recuerdo que teníamos muy pocos amigos, muy pocas personas nos hablaban y nadie iba a mi casa. Ella siempre caminaba sola y me decía que algunas veces sentía que la perseguían.

Una vez dos militares se le acercaron en la calle y la conminaron a decirles el paradero de mi padre. Mi madre, sollozando, pero fuerte y segura, les respondió, mirándolos a los ojos, que más bien eran ellos quienes debían devolverle a su esposo porque ella no sabía nada de él desde que se lo llevaron.

Mi mamá, que estaba a cargo de los cuatro hermanos y de mi abuela, organizó todo para irnos de Tupiza. Vendió algunas cosas y aplicó para ser maestra en una escuela en Sucre, donde vivía el resto de

su familia. No quería seguir viviendo con la indiferencia de las personas que la conocían pero que ni siquiera la saludaban, ni con miedo a los militares, que ya la tenían identificada.

Me dijo que debía ir en el camión con los muebles que nos llevamos, mientras que ella se iba en flota con mi abuelita y mis hermanos. No tuve miedo, era el mayor. En el camino de tierra, angosto en muchos lugares, veía el paisaje deshabitado, con un cielo azul como el mar, y trataba de encontrar animales extraños. Pensaba en muchas cosas, ¡demasiadas!: en mi vida Tupiza, en los pocos amigos con quienes íbamos a buscar cangrejos, y a quienes seguramente siempre recordaré, en las calles, donde invariablemente veía a las mismas personas, e incluso en los perros callejeros. Muchas historias viajaban conmigo, pero también los momentos difíciles de los que nunca podemos librarnos, como el miedo que todavía me causa ver un militar cerca de mí o cerca de mi familia.

En Sucre, una ciudad muy linda, con muchas casas de color blanco, encontramos una pequeña vivienda con un ambiente hacia la calle, que mi mamá convirtió en tienda para tener más ingresos. Mi papá llegó a Sucre después de muchos meses; casi no hablaba de lo que vivió en ese tiempo sin nosotros. Empezó a trabajar como profesor en un colegio y también decidió estudiar Derecho, pero nunca concluyó la carrera.

Cuando mi mamá tenía tiempo y buenos momentos, contaba historias, pero también lo que vivimos durante el golpe de Estado, como si quisiera transportarnos a ese tiempo para que no lo olvidemos y estemos

siempre precavidos y alertas. Y así crecimos, oyendo y analizando las noticias cada día.

Ahora que tengo 55 años, pienso que solo fui un niño que vivió momentos de miedo y temor. Pero al mirar a mi padre y a mi madre,

sentía que todo era posible porque ambos, a pesar de las persecuciones, siguieron vivos y pudieron reunirse. Me sentía valiente para correr muy rápido, incluso más rápido que los militares. Todavía corro, alerta y listo para proteger a mi familia.

La herida

Rubén Rogelio Torrez Lima y Vladimir Roger Torrez Monasterios / La Paz

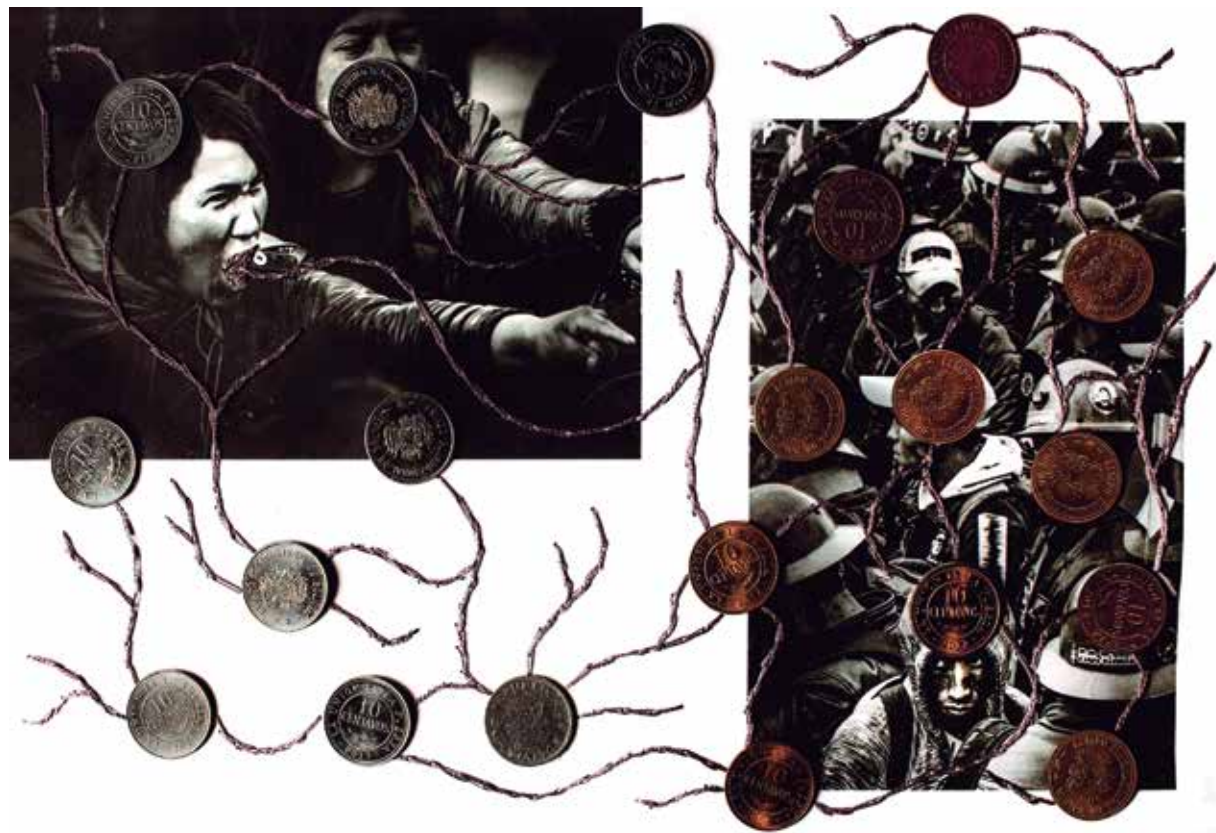
Cuando tenía tres años, en medio de ese ritual íntimo del cual se ha escrito muy poco, el de enseñar a un niño pequeño a orinar correctamente en un inodoro, vi la herida en su muslo. Quedé en silencio, tratando de comprender lo que a esa edad me resultaba imposible. Mi padre me vio, tomó mi mano y me contó de cuando casi lo matan durante el golpe de Natusch. “Tenía 19 años, había discutido con tu abuela por el almuerzo, no quería comer fricasé y salí enojado para encontrarme con unos amigos. Todo pasó muy rápido. Vimos un tanque doblar la cuadra; silbidos y abucheos se oían por toda la calle José María Achá. Un soldado salió de la escotilla y empezó a disparar. Corrimos sin entender qué estaba pasando. Sentí un piquete en la pierna derecha y caí mientras la sangre teñía mi pantalón. Mis amigos me arrastraron media cuadra. Uno de ellos estudiaba Medicina y aplicó un torniquete improvisado. Sabía que, sea como fuere, no tenía que dormirme. Tu abuelo y mis amigos me llevaron por media ciudad en el jeep azul: no me querían atender en ningún lugar”.

Escuché la historia con cierta atención, pero no podía sacar de mi cabeza el color rojizo de la carne corrompida. Nunca se había curado totalmente. Un dolor lejano semienterrado en recuerdos latentes. Un pasado brumoso cobrando forma en la herida de mi padre. “Lograron internarme en la Clínica URME. Los médicos operaron de urgencia, casi pierdo la pierna. Al despertar escuché a mi mamá llorar al pie de la cama. Mi cabeza era un torbellino de temores: balazos por toda la ciudad, mi pierna siendo amputada, no entender por qué me habían disparado. Estaba furioso, culpaba a todos de mi desgracia, tu abuelo me escuchaba con la mirada desencajada y una paciencia infinita. Tu tía Gladys y la abuela se turnaron para cuidarme por las noches, tardé más de seis meses en volver a caminar”. Con los años entendí por qué se le borraba la sonrisa cuando escuchaba hablar sobre Banzer o García Meza o cuando veía un desfile militar. Nunca maldecía ni desahogaba su amargura. Solo adoptaba un semblante serio mientras meditaba sobre días terribles y lejanos. Un miedo enraizado hace mucho en la herida marcó su vida y la mía.

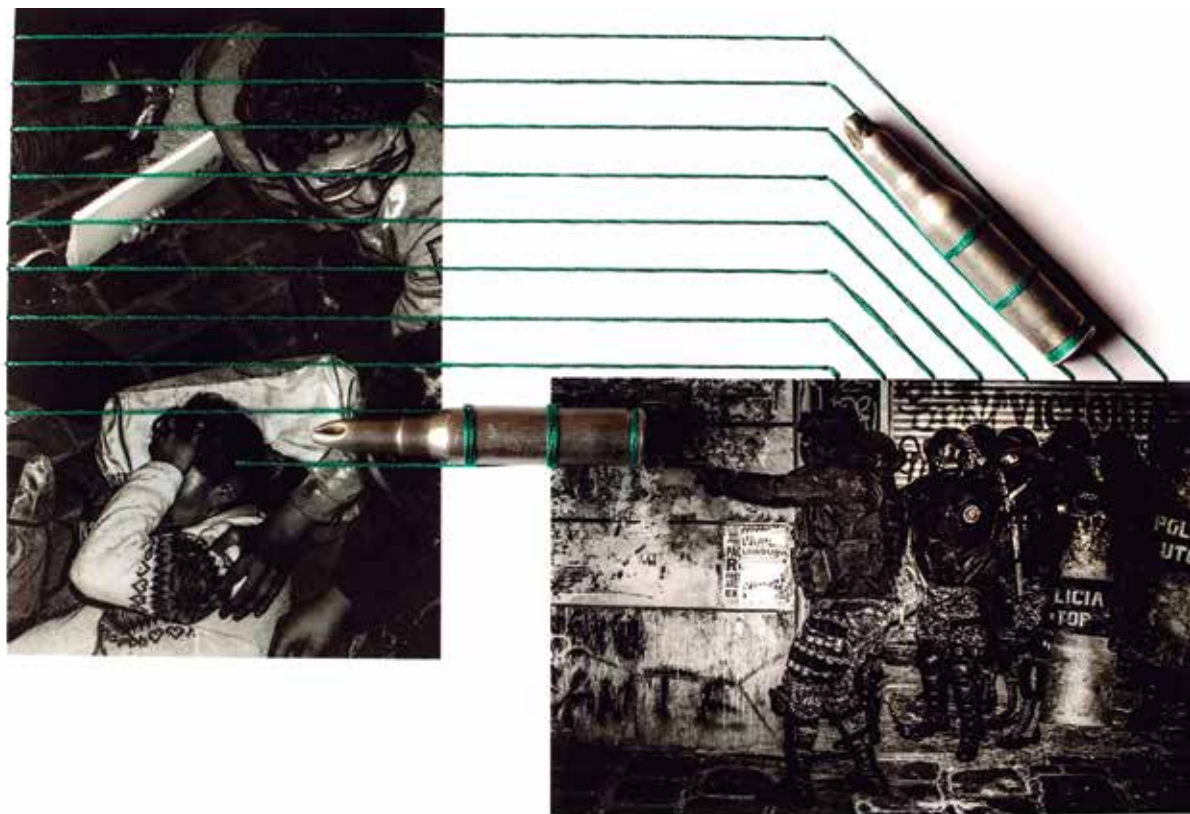
Natusch murió en 1994, a los 61 años, sin afrontar ningún juicio de responsabilidades. Nadie fue juzgado por el centenar de muertos en los 16 días de su gobierno. Quinientos heridos sobrevivieron la mutilación de sus cuerpos para vivir la humillación de la impunidad. Cuarenta y tres años después, ese pasado se encarna en la memoria de mujeres y hombres como mi padre: "No recuerdo el rostro del soldado que me disparó, no creo que sirviera de mucho si lo hiciera. Pero recuerdo el miedo, brotaba de las lágrimas de mi madre, en los saludos apresurados de los amigos, en el silencio de mi padre. Ese silencio era un abismo que se tragaba todo; ese miedo era vislumbrar un futuro clausurado. Durante las dictaduras el barrio se tornaba silencioso, los transeúntes caminaban de prisa, como si algo fuera a salir de repente del suelo y devorarlos sin misericordia. Tu mamá fue la única vecina que vino a verme a diario. Mi recuperación fue difícil; tu tía Gladys me curaba todos los días y me enseñó a limpiar y vendar mi herida. El aburrimiento era enorme. En esa época solo había dos canales de televisión, el 7 y el 9; veía ambos, pero la repetición de sus programas se volvió insoportable. Opté por radio Panamericana, y en un par de semanas su programación también se volvió monótona. Con el pasar de los meses, mi propia fragilidad me despertó del letargo.

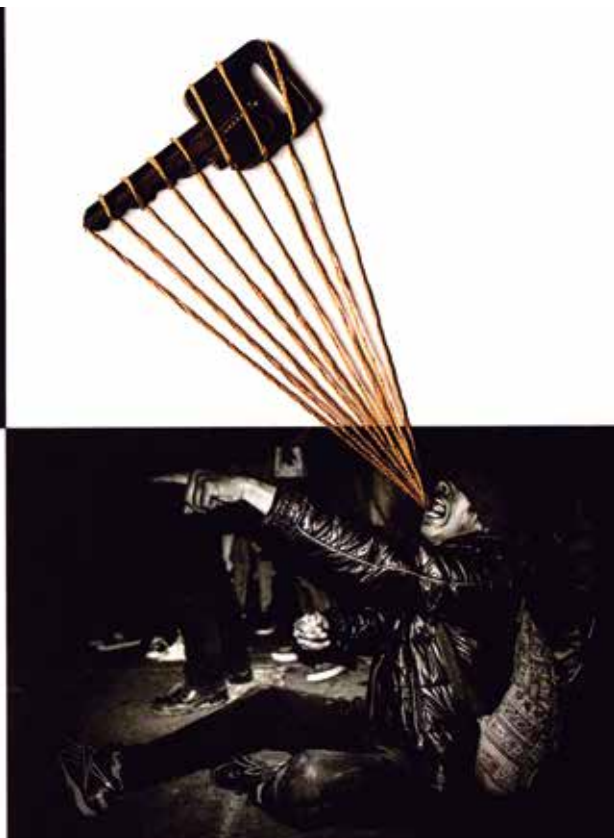
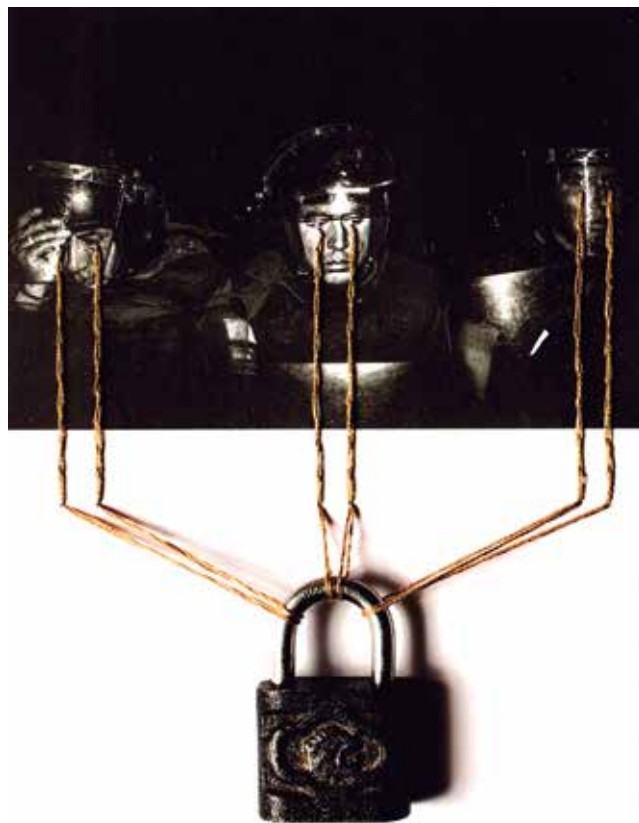
Al principio, caminar un poco me producía mareos, que con la práctica desaparecieron por completo. Aprendí a valorar el amor de mis padres, la dedicación de mi hermana y las visitas de algunos amigos. No somos alguien especial en la sociedad, solo le importamos a nuestros seres cercanos. Daría lo que sea por probar de nuevo el fricase de tu abuela".

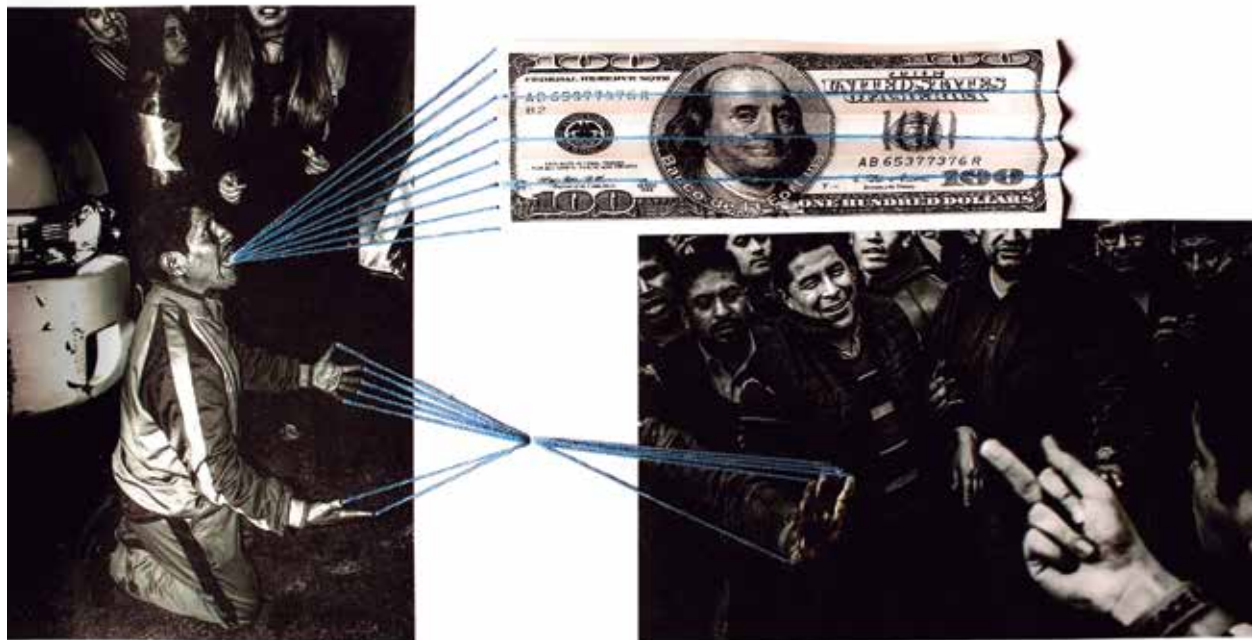
Su herida se ha vuelto una cicatriz profunda. Estudió Ingeniería Electrónica y, tiempo después, Derecho. Durante años practicó raquet, hacía pesas y trotaba hasta el kilómetro 7 del Bosquecillo de Pura Pura. Al escucharlo entiendo la suerte que tenemos mi hija y yo de estar aquí. Todo pudo haber terminado con él desangrándose en una acera de la calle José María Achá. "En unos años, cuando mi generación se haya ido, todas estas cosas se olvidarán. No se puede cambiar el pasado, y solo nos queda aceptar aquello que no se puede cambiar, aunque duela. La vida es así. Pero nuestras acciones pueden darle forma al futuro, al menos a una parte de él. Nuestros afectos no son eternos, las personas que amamos no estarán a nuestro lado para siempre. Debemos aprovechar el tiempo que tenemos para querernos, la vida es larga solo si sabemos aprovecharla". Mientras habla, su mirada se vuelve serena y proyecta un aura de tranquilidad que, desde que tengo memoria, nunca lo abandona.



Joaquín Salvador Molina Saavedra / Fantasía democrática / La Paz









Mabel y los niños de la democracia

Jaqueline Vinoya Rocabado / La Paz

“ ‘Si vamos a morir de hambre, vamos a morir juntos en la huelga para que todos lo vean, no vamos a morir aquí sin que nadie lo sepa’, nos dijo mi mamá antes de salir rumbo a La Paz”, recuerda la *pequeña* Mabel. Cuarenta y cinco años después, esas palabras aún permanecen intactas en su memoria.

Tal cual, en diciembre de 1977, su familia estaba a punto de morir de hambre y desesperación en Catavi, centro minero de Bolivia. Sin un pan que dar de comer a sus hijos, Nelly Colque de Paniagua, madre de ocho en ese entonces, decidió emprender viaje a la sede de gobierno con siete de sus hijos, e iniciar, junto a otras tres mujeres mineras y sus hijos, una huelga de hambre exigiendo libertad general e irrestricta para los detenidos y los exiliados políticos, entre ellos su esposo.

De 1964 a 1977, Bolivia sufrió una de las facetas más oscuras de su historia: 13 años de dictaduras militares, durante los cuales la violencia, el exilio, la represión y la muerte marcaron la vida de sus habitantes.

Mabel —que entonces solo tenía nueve años— y sus hermanos no entendían mucho sobre la dura realidad que les tocó vivir. Cuando relata su historia, su rostro refleja incertidumbre, como si volviera al pasado. A sus 54 años, su abundante y corta cabellera pinta algunas canas, por encima de sus ralas pero bien definidas cejas, que enmarcan sus vivaces ojos rasgados. Estos todavía guardan la tristeza de aquellos días, en un rostro cansado por tantas luchas. Entonces los recuerdos vuelven.

A las 6 de la tarde del 28 de diciembre de 1977, día de los Santos Inocentes —fiesta que conmemora a la matanza de los niños en Belén—, cuatro madres y sus 13 hijos comenzaron una histórica huelga de hambre en el Arzobispado de La Paz, adonde, cargando sus frazadas y bolsas de ropa, ingresaron a golpes y empujones porque los religiosos no querían que la medida se instalara en ese lugar.

Si en sus inicios la medida de presión parecía una “inocentada” más ante la opinión pública, para los niños y niñas de la democracia

comenzaba una gran aventura, que habrían de vivir durante 21 días en una habitación de tamaño mediano con un baño. Las pocas sillas fueron arrinconadas para poder extender las frazadas y mantas que se convertirían en sus camas.

Como la medida fue decidida intempestivamente, este primer piquete de la huelga de hambre no contaba con el apoyo necesario. Los primeros días los niños sobrevivieron con caramelos, que afectaron sus dientes y causaron a la mayoría de ellos caries y dolor, recuerda Ana, la hermana mayor de Mabel, que resultó una de las principales afectadas y más adelante perdió todos los dientes.

Sin embargo, a nivel político, el apoyo a la medida de presión crecía cada día que pasaba. Según publicaciones de la época, a la semana de iniciada, ya se habían sumado 61 personas a la extrema medida. A los 14 días, había 500 personas, a los 16 días, mil y a los 20 días, 1.200, repartidos en 28 grupos de huelguistas a nivel nacional. Los grupos de huelguistas estaban conformados por obreros, amas de casa, universitarios, religiosos y otros sectores de la población (Asamblea Permanente de Derechos Humanos, *Huelga de hambre*, 1978: 22).

Mientras unos entraban y salían del tercer piso del Arzobispado, en la calle Indaburo, había cuatro madres que no salían y no comían: Nelly, Luzmila, Angélica y Aurora estaban a *dieta*, dieta de coca, mate, dulces y agua.

En medio de los eventos que se difundían a nivel nacional a través de los medios de comunicación, a los niños y las niñas no les faltaba energía

para jugar, correr y conocer a nuevos amigos. Despertaban temprano, se aseaban y comían lo que les traían, apenas a unos metros de sus madres. Ellos y sus madres fueron entrevistados por el programa “300 Millones”; eran famosos. Sin embargo, se informaban de todo lo que pasaba en el país solo por un aparato de radio que llevó uno de los sacerdotes que los apoyaban.

Si bien tenían baños higiénicos para sus necesidades biológicas y su aseo personal, no había dónde lavar la ropa, por lo que tuvieron que aguantar tres semanas con las mismas prendas que llevaron desde Catavi. A esas alturas, no había otra opción.

Uno de esos históricos 21 días del ayuno voluntario, Mabel y sus hermanos llevaron comida a Nelly, su mamá, pero ella no quiso. “Nos dijo que si comía todo se habría perdido”, recuerda, baja la cabeza y llora.

Según Ana, su hermano Juan Carlos contaba cuentos y Rolando era distraído; sus hermanitas Lourdes y María eran dos balas perdidas, que le daban chispa a los días, mientras que Judith, la última y más pequeña, se acurrucaba a su lado, muy tranquila. Su hermana Mabel era muy amiga de Goya, hija de Angélica, y siempre jugaban juntas.

Además de los hermanos de Ana, estaban los hijos de la señora Angélica: Goya y Freddy, un niño callado que jugaba con todos. Cinthya, la única hija de la señora Luzmila, siempre estaba con su mamá, porque era pequeñita. Los hijos de la señora Aurora también eran pequeños: Enrique era un bebé, Aurora, muy apegada a su madre, y Mariel, que jugaba con todos. Eran 13 niños en total.

Para la pequeña Mabel, la más parecida a su mamá, los militares estaban convencidos de que su madre era la cabecilla de ese movimiento político porque era la que más hijos tenía consigo. A cambio de abandonar la medida, le ofrecieron casa, auto, trabajo, ropa, comida y escuela para sus hijos en Santa Cruz, presiones a las que su madre nunca cedió, aunque tener todo para sus hijos era mucha tentación.

La presencia de los niños en la huelga generó muchos problemas. Ni la Asamblea de Derechos Humanos ni la Iglesia veían con buenos ojos la decisión de las madres de mantener a los niños en ese lugar. Pero estas mujeres no los dejarían ir porque en ellos radicaba su fortaleza. Algunos reportes de prensa de la época afirman que los niños fueron retirados del lugar por seguridad. Nada más falso, ellos permanecieron junto a sus madres. Al final, si vivían o morían lo harían juntos y ante la mirada de todos, como les dijo su madre antes de salir de Catavi.

El dolor ha regresado, los recuerdos inundan la memoria de Mabel, en especial los de una faceta muy dolorosa de la vida de su mamá. “Ella nunca quiso separarse de nosotros porque cuando tenía 12 años su madre (mi abuela Nicolasa) la abandonó en la parada del autobús con su hermano menor antes de irse a la Argentina”, cuenta. Esa sentida ausencia impulsaba a la madre de Mabel a nunca separarse de sus hijos; ella nunca los abandonaría. Fue la principal razón para que decidiera mantener a sus hijos a su lado durante la huelga de hambre.

Los niños se habían convertido en una especie de objetivo: eran los más vulnerables, y por ahí podía romperse la cuerda. Una tarde, mientras

ellos jugaban, una mujer desconocida intentó secuestrar a Judith, la hermana menor de Mabel, de apenas tres años, afirmando que era su hija. Pero su mamá salió al paso, y con una lista de la pulpería donde recogía sus alimentos en la mina, demostró que Judith y sus hermanos eran sus hijos, y no niños que se habría prestado para iniciar la medida de presión, como muchos afirmaban, buscando desacreditar ese movimiento de reivindicación.

Después de 21 días de zozobra e incertidumbre, el 17 de enero de 1978 el dictador Hugo Banzer Suárez decretaría la “amnistía general e irrestricta”; la huelga había triunfado. Aquellas cuatro madres y sus hijos, sin ellos saberlo, pelearon por todo un pueblo. En Bolivia se avizoraba la esperanza.

Con un sanguchito en la mano y en una camioneta roja del Arzobispado, llegaron a Catavi. Fueron recibidos como héroes. Todos hablaron menos su mamá. El que apareció fue su padre, Roberto Paniagua, quien habló como todo un héroe, y horas más tarde, en completo estado de ebriedad, apareció en su casa y golpeó a su madre. Nelly, como siempre, se refugió en sus hijos. Su antigua vida había vuelto.

En busca de mejores días

Ante las continuas golpizas de su padre, su madre decidió dejar las minas y partir con sus hijos a instalarse en Cochabamba. Comenzaba la relocalización, medida que dejó desocupados a miles de mineros, que se

refugiaron en ese departamento y comenzaron a trabajar juntos. Su padre volvió a aparecer en sus vidas, y de no haber sido por la intervención de Fernando, el mayor de los hermanos, Roberto Paniagua, en completo estado de ebriedad, habría matado a su madre.

Aunque habían luchado por el país, ahora nadie luchaba por ellos. En Cochabamba había pocas oportunidades, y los vientos soplaban hacia las alturas, así que se fueron a vivir a El Alto, la ciudad más joven de Bolivia. En un principio estaban como cuidadores de un garaje, pero un día desapareció uno de los vehículos y comenzó una tragedia para aquella familia pobre. ¿Qué harían?, ¿cómo pagarían? Y aunque apareció el chofer con el vehículo perdido, ya no podían continuar ahí. A estas alturas, su padre los había abandonado.

Un terreno baldío comprado años atrás sería el próximo albergue, aunque no tenía nada en pie. Con esfuerzo, levantaron una carpa de plástico, insuficiente para detener la lluvia y el intenso frío andino, pero sobrevivieron. Con sus propias manos, su mamá y sus hermanos fabricaron adobes de barro y fueron levantando una vivienda, humilde, pero suya.

Esperanzada en que los exiliados que ayudó a liberar en el pasado la ayudarían, Nelly Colque, madre de Mabel, bajaba desde El Alto a la ciudad de La Paz, a pie y con los zapatos remendados, para pedir trabajo, pero no había nadie que quisiera ayudarla.

Solo 20 años después, en septiembre de 2002, en homenaje a otros tantos de restitución de la democracia, el Senado nacional aprobó otorgar una pensión vitalicia, equivalente al 20% del salario de un senador, a

las cuatro mujeres que lideraron la huelga de hambre en 1977: Nelly Colque de Paniagua, Angélica Romero de Flores, Aurora Villarroel de Lora y Luzmila Rojas de Pimentel. También se incluyó a Domitila Chungara, a la expresidenta constitucional Lidia Gueiler Tejada y a dos expresidentes militares, David Padilla Arancibia y Guido Vildoso Calderón, con otros porcentajes, por su contribución a la democracia.

Más tarde, en 2013, el Gobierno del presidente Evo Morales condecoró con el Cóndor de los Andes a las cuatro madres que lucharon por la democracia. Para ese entonces la mamá de Mabel, Nelly Colque de Paniagua, sufría de Parkinson.

Seis años después, el 14 de noviembre de 2019, a la edad de 76 años, Nelly, la querida mamá de Mabel, cerró los ojos y descansó para la eternidad, dejando recuerdos imborrables en la vida de sus ahora nueve hijos, y a Bolivia, una de las páginas más importantes en los anales de su historia: la democracia.

La lucha continúa...

El ejemplo de su madre enseñó a Mabel a luchar contra la adversidad. Desde muy joven trabajó en limpieza, como cuidadora y en otras actividades, por lo que no pudo concluir el bachillerato en un colegio, como los demás jóvenes. Concluyó sus estudios como una especie de autodidacta, en un Centro de Educación Media de Adultos, mientras trabajaba como portera en una institución.

Cuando buscó trabajo le dijeron que el bachillerato no era suficiente, por lo que decidió estudiar secretariado en un instituto. Entonces, gracias a la ayuda de Evo Morales, entonces diputado nacional, ingresó a trabajar en la Cámara de Diputados. Luego pasó a ser secretaria de un diputado de Potosí, y continuó en el Servicio Nacional de Administración de Personal (SNAP). En la actualidad trabaja como procuradora en la Escuela de Gestión Pública Plurinacional (EGPP).

La pequeña Mabel, que a los nueve años protagonizó uno de los hechos históricos más importantes de Bolivia, había crecido. Ya no le tenía miedo a la vida, al abandono, al dolor. Luchadora como su madre,

crió sola a su único hijo, y trabaja todos los días para que él sea un buen profesional en aquello que decida estudiar. Aquella niña se había convertido en madre.

Si la muerte de los “Santos Inocentes” sirvió como una especie de cortina de humo para que el Niño Jesús pudiera escapar junto a sus padres y vivir para cumplir la misión encomendada por su Padre, según la fe católica, estos otros 13 niños y niñas, entre alegrías y tristezas, se convirtieron en el pilar que infundió coraje y valor a cuatro madres que lucharon por una democracia que, en muchos casos, no luchó por ellas. No fueron los “Santos Inocentes”, fueron Mabel y los niños de la democracia.

Entre una derrota y su nacimiento: érase una vez en Catavi-Siglo XX-Llallagua

Emma María Lazcano Dávalos / Cochabamba

La desearon por años, por décadas. Prepararon su cuna y su nombre, paso a paso, entre ensueños y sesudos debates, incluso entre penumbras. La sintieron cerca durante la Asamblea Popular, allá por 1971. Pero no pudo ser hasta ese 1° de agosto de 1985, día en que abrió sus ojos y miró a su alrededor.

Ese jueves, las sirenas de Siglo XX y Catavi ulularon para anunciar algo más que las horas pico. En la ciudad de La Paz, el presidente Hernán Siles Zuazo había firmado la que quizás sería su última medida: el Decreto Supremo 20979 de creación de la “Universidad Nacional Siglo XX”, con asiento en el enclave minero de Catavi-Siglo XX-Llallagua (Norte de Potosí), ahora conocido como municipio de Llallagua. Cuentan que fue don Cirilo Jiménez, dirigente minero, uno de los que más insistió en el último intento de convencer a Siles Zuazo para que firmara el Decreto. Decidido, entró al despacho presidencial poco antes de que el mandatario lo abandonara después de ocuparlo por menos de tres años.

La noticia llegó a la Plaza del Minero de Siglo XX: “¡El Siles ha firmado! ¡Viva la ‘Universidad Obrera’! ¡Es nuestra conquista!”, exclamaron, al atardecer, algunos hombres entusiasmados. Muy cerca, desde un grupo de adolescentes arremolinados en la puerta del colegio, dos voces respondieron con tono de travesura, sin comprender mucho lo que pasaba: ¡Viva el Conejo! ¡Viva la UDP!

Aquel primer día de agosto de 1985, en las paredes de los campamentos de Catavi y Siglo XX aún quedaban las huellas frescas de la lucha contra las dictaduras, como las leyendas pintadas durante la resistencia al último golpe de Estado: “Soldado vuelca tu fusil”, “Soldado no mates a tu hermano”, “Soldado este es tu pueblo”. Los muros de algunos talleres de la empresa todavía conservaban lo suyo, como esas pinceladas que, hasta hoy, parecen resistirse al olvido: muy cerca de Socavón Siglo XX, varias estampas, con el rostro en blanco y negro de Artemio Camargo, flanqueado por dos siglas, casi por encima de su cabellera: a su derecha,

MIR, y a su izquierda, UDP. En Catavi, muros de concreto o calamina, de cara a la avenida Simón Bolívar, convocan: “Vota por la UDP: H.S. Zuazo-J. Paz Zamora”. Sí, en los distritos mineros, la Unidad Democrática y Popular (UDP) fue la esperanza aquel 10 de octubre de 1982, cuando se recuperó la democracia, y ahora, a pesar de su desventurado Gobierno, al límite de su mandato dejaba un don de vida para Catavi-Siglo XX-Llallagua: un papel rubricado para que la Universidad Obrera pudiera llegar a ser.

Al cabo de varias jornadas, los ejemplares del periódico *Presencia* llegaron al lugar, como todos los días, alrededor de las 4 de la tarde, en la flota proveniente de la ciudad de La Paz. Doña Guillermina recogió los paquetes y se dirigió a su punto de venta: la caseta de calamina situada frente al Teatro 31 de Octubre. Como siempre, en fila, varios trabajadores aguardaban para adquirir su propio ejemplar, hojearlo y dirigirse a la Plaza del Minero; ahí, leerlo de pie o sentados en las gradas y, simultáneamente o después, discutirlo en grupitos habituales o contingentes. Era el domingo 18 de agosto de 1985. *Presencia* les daba la gran noticia: “Universidad Nacional Siglo XX será inaugurada el miércoles”. La nota precisaba que esta:

será inaugurada en ceremonia especial [...], con asistencia de dirigentes sindicales, autoridades del Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana CEUB e invitados especiales. Previamente, se efectuará un ampliado nacional de dirigentes, con el objeto de analizar la actual situación económica, política y social, ante la inminencia de la adopción de medidas por parte del gobierno.

Así llegó el día esperado. El miércoles 21 de agosto de 1985, la sirena de Siglo XX cantó una vez más. La Plaza del Minero se llenó de representantes de distintos sectores, portando sus estandartes tradicionales. Frente a ellos, mucha gente, convencida, soportando el sol. En los márgenes, los reticentes no dejaban de preguntarse: ¿Universidad en este pueblo? ¿En la mina?

Don Juan Taquichiri recuerda, mientras le brota una sonrisa y sus ojos adquieren más brillo: “Estábamos felices porque era nuestra obra para la formación de los hijos de los trabajadores. Orgánicamente, no solo de los mineros, sino también de los campesinos, de los Choques, de los Mamanis; de los que no podíamos entrar a la universidad por falta de economía. La ciudad es cara”.

Las miradas presentes cuentan que el acto fue encabezado por los dirigentes de la Central Obrera Regional (COR), de los sindicatos mineros de Siglo XX y Catavi y de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), junto a mineros rentistas, autoridades campesinas originarias de los ayllus, representantes del Sindicato de Amas de Casa, de la CEUB, de la Confederación Universitaria Boliviana (CUB), de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) y de su filial local, la Empresa Minera Catavi. Todo se inició, afirmaba *Presencia*, “con un minuto de silencio en homenaje a los caídos el 21 de agosto de 1971, con motivo del cruento golpe de Estado que encabezó el Gral. Hugo Banzer Suárez y de aquellos que también ofrendaron sus vidas en las luchas proletarias de liberación”.

Después de varios discursos, la masa emprendió una marcha impetuosa. Comenzó a recorrer la calle Linares. Atravesó “la frontera” e irrumpió en Llallagua, bajó, subió, pasó por la Plaza de Armas y la Plaza Central; ingresó a la calle Ayacucho y dobló a la izquierda para llegar al colegio 1° de Mayo antiguo, asentado en la calle Sucre.

En ese edificio vetusto, el primer rector de la Universidad Obreira, el abogado cruceño Isaac Sandóval Rodríguez, según una nota periodística:

luego de haber sido posesionado en el cargo por un dirigente de la CEUB, cortó la cinta simbólica de la inauguración de la nueva casa de estudios, de la que dijo que nace con una “orientación diferente” [...], hizo hincapié en que la Universidad Nacional Siglo XX debe estar orientada hacia las necesidades de cambio histórico del pueblo y de una toma de conciencia para que sea posible la pronta liberación nacional.

Las encendidas palabras de Sandóval sonaban algo extrañas por su acento, pero muy cercanas por su contenido.

Pasaron los días. Mientras la universidad respiraba un poquito más cada mañana, con la certeza de que sería arropada con los aportes de los propios trabajadores mineros, llegó el 29 de agosto de 1985. Las radios mineras informaron que el nuevo Gobierno —posesionado el 6 de agosto— aprobó el Decreto Supremo 21060. Los trabajadores se reunieron en asambleas, se declararon en emergencia, advirtieron a la población que, si no se luchaba, se venía el estrangulamiento de

la minería nacionalizada y la “relocalización” (retiro masivo) de sus trabajadores.

En la Plaza del Minero, en los parajes de interior mina, en cualquier taller y despacho de exterior mina, no se hablaba de otra cosa. Algunos preguntaban: “¿Afectará a nuestra empresa?”. Otros respondían: “Sí, compañeros, van a querer empezar por la Empresa Minera Catavi”. “Claro, no es un asunto económico, sino un ataque político”.

En los meses siguientes, aunque los trabajadores mineros se concentraron en distintas acciones para combatir “el 21060”, no dejaron de lado a la recién nacida. Don Juan hace memoria: “Una mañana, los de interior mina fueron convocados por sus compañeros de exterior mina. Estos habían intentado ocupar el edificio de la Terminal de Buses de Flota Bustillo, pero no lo consiguieron ante la resistencia de un pequeño grupo de transportistas. A mediodía, aproximadamente, una gruesa columna de mineros salió por la bocamina y avanzó con paso firme. Todos rodearon la Terminal, detonaron algunos cachorros de dinamita y tomaron el edificio sin mayor oposición”.

Los argumentos se propagaron, incluso entre los niños: esa toma no se la hizo así nomás. Antes la analizaron y decidieron las “bases”. Consideraron que ese edificio había sido construido en una plaza pública expropiada. Es más, durante años la empresa involucrada había cobrado un excedente “pro terminal” por cada pasaje vendido a la población. Por tanto, “le pertenecía al pueblo y debía volver al pueblo”. De modo que en ese edificio de tamaño mediano instalaron las oficinas centrales de la Universidad.

En febrero de 1986, la Universidad acogió a sus primeros estudiantes. Hubo discursos, aplausos, canciones, poesía y “jula jula”¹ cuando inauguró su primer año académico.

Muchos jóvenes y trabajadores acudieron a su llamado y encontraron en ella una textura distinta: un vicerrector minero, un gobierno universitario tripartito de estudiantes, docentes y FSTMB y una malla de “formación político sindical” para todos. “Imagínate, una Universidad Obrera ya estaba en marcha en el distrito minero más combativo; para no creer”, evoca don Temis Cazorla. Él, por esos días, había acudido a la asamblea conjunta de los sindicatos de Siglo XX y Catavi, la que resolvió que los trabajadores debían inscribirse en alguna carrera porque había opciones hasta para los no bachilleros.

Entre tanto, el precio de los minerales tocó fondo en el mercado internacional, motivo suficiente para que el Gobierno alistara el cese de operaciones en las minas nacionalizadas y las destinara a las cooperativas mineras. Frente a eso, los mineros asalariados de COMIBOL convocaron a la “Marcha por la Vida y la Paz, la Defensa de la Minería y la Metalurgia”, que el 21 de agosto partió de Oruro rumbo a la sede de gobierno.

La Universidad Obrera se sumó a la lucha, con sus docentes y estudiantes. Caminó junto a aquel movimiento minero que la hizo posible.

Porque, ¿qué sería de su destino sin ellos?, ¿qué sería de su hogar sin los mineros de Siglo XX y Catavi? Quizá solo un sueño.

Ya se sabe cuál fue el final. La Marcha fue cercada por las fuerzas del orden en Calamarca y los marchistas resolvieron retornar a sus distritos con la cabeza gacha. En la Plaza del Minero de Siglo XX los trabajadores se prometieron no claudicar, pero casi enseguida muchos comenzaron a aceptar la “relocalización”. Para tentarlos, el Gobierno ofreció cada vez más beneficios extralegales. Al mismo tiempo, cerró las escuelas, vació las pulperías, canceló el aseo de los servicios higiénicos, no abrió los cines, precarizó todo en los campamentos.

Entre diciembre de 1986 y febrero de 1987, cientos de miles de trabajadores de la Empresa Minera Catavi, junto a sus familias, cargaron sus trastos en camiones y se perdieron en el horizonte. La Universidad Obrera vio disminuir su población estudiantil y se sintió en la incertidumbre. Pero insistió.

Por entonces, recorrer Catavi y Siglo XX era encontrarse con muchas, demasiadas, casas vacías y calles desoladas que ponían al descubierto cuán desportilladas estaban las paredes en los campamentos. Casi todas las instalaciones técnicas y administrativas de la empresa también estaban deshabitadas, con puertas cerradas, selladas. A través de sus ventanas solo podía verse muebles, herramientas, papeles y polvo.

La Universidad ocupó varios de esos espacios, con el respaldo de los trabajadores y extrabajadores mineros. Acondicionó casas como alojamiento gratuito para que los jóvenes que venía de fuera se animaran a estudiar en

1 Música guerrera propia de los ayllus del Norte de Potosí. Se interpreta en grupo y con zampoñas de gran tamaño. Acompaña al Tinku y a otras ceremonias locales.

ella. Habilitó otras construcciones para oficinas, aulas y demás ambientes para sus carreras. “Entre ellas, el famoso hospital de Catavi, cuya parte inferior, la más antigua, se llamaba ‘Albina Patiño’, mientras que la de arriba, más reciente, tenía el nombre de ‘El Minero’”, rememora don Octavio Carvajal.

Hoy en día, al hablar de la UNSXX, al mirarla, los viejos mineros “relocalizados”, esos que no dejaron el lugar, afirman sin vacilar: “Por ella no somos un pueblo fantasma. Es la niña de nuestros ojos”.



Rosa Marita Madueño Aguilar / En las vestimentas de la democracia / La Paz







Agosto de 1971-agosto de 1982.

De la resistencia universitaria y popular a la recuperación de la democracia en Bolivia

Guido Espinoza Terán / Cochabamba

Golpe de Estado militar-civil

El 19 de agosto de 1971 se inició el golpe de Estado contra el entonces presidente de Bolivia, el general Juan José Torres, apodado “el general del pueblo”. Los cabecillas fueron el coronel Hugo Banzer Suárez, Víctor Paz Estenssoro y Mario Gutiérrez, estos últimos, máximos dirigentes del MNR y del FSB, respectivamente. Lo más sorprendente fue la unión de dos fuerzas políticas históricamente antagónicas, que se aliaron con los militares antidemocráticos y autoritarios para derribar a un gobierno progresista. El objetivo era, usando la violencia y la fuerza de las armas, acabar con las organizaciones sociales, sindicales y, particularmente, estudiantiles que apoyaban o simpatizaban con el general del pueblo y con el movimiento de liberación antimperialista.

Frente al golpe del Estado, la resistencia civil no se dejó esperar. Comenzó en Santa Cruz y en las principales ciudades del país. Los combates

más fuertes se libraron en el cerro Laikacota, muy cercano al edificio central de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) de la ciudad de La Paz. El padre Mauricio Lefebvre, primer decano de la Carrera de Sociología y catedrático mío, fue ametrallado en la calle Capitán Ravelo cuando auxiliaba a los heridos en un vehículo con la bandera de la Cruz Roja. La muerte de este cristiano defensor de los pobres y las causas democráticas provocó mucho revuelo y dolor en la familia universitaria.

El último foco de la resistencia universitaria

El lunes 22 de agosto, a primera hora de la mañana, los estudiantes de la UMSA iniciaron un bloqueo frente al Monoblock, su edificio central, en la esquina de las avenidas Arce y 6 de Agosto, que conectan con los barrios de Obrajes y Calacoto. Al poco rato aparecieron los militares en traje de combate y fuertemente armados, encabezados por los generales

Joaquín Zenteno Anaya, Reque Terán y otros miembros del Alto Mando, para desbloquear esta vía.

No lo lograron, ante la oposición de los dirigentes estudiantiles, con quienes discutieron cerca de media hora. Optaron por retornar al Ministerio de Gobierno, desde donde comandaban el operativo militar, no sin antes conminar a los estudiantes a retirarse, dándoles un plazo máximo de una hora.

Mientras tanto, en el patio de la UMSA se realizaba una asamblea de emergencia, en la que estuve presente, para definir el curso de la resistencia universitaria contra el golpe militar, que ya había producido varios muertos y heridos en los combates y enfrentamientos de los días anteriores. Antes de que concluya la asamblea, y para nuestra sorpresa, aparecieron tres aviones de guerra en vuelo rasante, ametrallando y bombardeando el espacio universitario y sus alrededores. Algunos estudiantes se ocultaron en las aulas, mientras que otros pretendieron escapar, sin lograrlo debido a que el Monoblock estaba completamente rodeado.

Los regimientos, conformados por soldados de infantería, artillería y tanques, y apoyados por la aviación militar, concentraron su mayor poderío bélico para tomar el Monoblock. El objetivo político y estratégico era acabar con la insurgencia estudiantil. Las balas entraban en las aulas, destrozando los vidrios de las ventanas. Las bazucas hacían temblar todo el edificio y destruían los pisos superiores del Monoblock; gradas, aulas y oficinas de la Carrera de Economía quedaron inutilizadas o dañadas.

Ahí se habían refugiado muchos alumnos y no se supo que ocurrió con ellos. ¿Cuántos murieron y cuántos sobrevivieron? ¿Cuántos fallecieron en los alrededores de la universidad durante los días de la resistencia? Solo me enteré de la muerte de un amigo mío y paisano de Cochabamba, Adrián de la Torre, estudiante de Arquitectura de la UMSA: había sido acibillado a balazos el día anterior.

Los soldados del Regimiento Rangers de Challapata, los llamados Boinas Verdes, especializados en la lucha antiguerrilla, encabezaron el asalto a la universidad, apoyados por tanques que disparaban desde el atrio. Había francotiradores apostados en los edificios de la vecindad. En el cerro Laikakota se veía a los soldados, con su armamento moderno, moviéndose de un lado a otro, listos para apoyar a la compañía de soldados de la Naval que cubría el lado norte y el río Choqueyapu, disparando contra la gente que se movía en las cercanías.

La orden del Gobierno era “que nadie salga vivo”, decidido a extirpar de la universidad “el cáncer del comunismo internacional”. El ataque fue coordinado y planificado entre todas las armas, como si se tratara de una guerra internacional o de un movimiento guerrillero. Varios se habían unido a la resistencia armada, pero con los pocos pertrechos bélicos que tenían era imposible contrarrestar semejante fuerza militar ataque militar.

El Gobierno nos acusaba de estar infiltrados por el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Con esa falsa campaña buscaban justificar semejante política de exterminio de la rebelión estudiantil. En realidad, éramos una juventud rebelde con fuertes ideales socialistas, tercermundistas,

libertarios, democráticos, cristianos y humanistas, que ganamos a los trotskistas y a otros grupos izquierdistas las elecciones de la Federación Universitaria Local (FUL) en 1971, con nuestro candidato, Ricardo Navarro, a la cabeza. Nuestro símbolo cristiano estaba retratado en los espacios visibles de la universidad. El Cristo con el fusil en la mano representaba a ese catolicismo popular y emergente forjado en América Latina, inspirado en las encíclicas papales “Mater et Magistra” y “Rerum Novarum”, en los documentos aprobados en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín en 1968, y en los Documentos de Puebla sobre evangelización en este continente.

Rendirse o morir acribillado por las balas

Ante semejante ataque inesperado, la mayoría de las personas que nos encontrábamos en el patio del Monoblock nos refugiábamos en el Aula Magna de la universidad. En medio de la balacera infernal y los sacudones que las explosiones producían en el edificio, se discutió las dos alternativas que teníamos en ese momento: rendirnos o morir acribillados por las balas. Se optó por la primera, para lo que se formó una comisión que debía salir a la calle y ponerse en contacto con el comandante que dirigía el ataque.

Se presentaron cinco voluntarios: dos sacerdotes y tres civiles, que saldrían en misión de paz portando banderas blancas, improvisadas con los mandiles de los cocineros del comedor universitario amarrados a palos de escoba. Por supuesto que era un gran riesgo: podían ser

abatidos al intentar salir por la puerta principal. Esperamos temerosos y en total silencio el desenlace de la comisión, pero esta regresó a los pocos minutos. Había logrado hacer contacto y acordado la rendición de todos los hombres y mujeres que nos encontrábamos en el Aula Magna y en otros espacios del edificio central. Uno de los sacerdotes, que vestía una chamarra de cuero, mostró las balas de la metralla que habían quemado la gruesa piel acolchada. Había salvado la vida de milagro.

La orden militar, según nos informaron, era esperar parados en fila, con las manos en la nuca, mientras ellos tomaban la universidad. Los Rangers, cuerpo de élite, ya anteriormente habían puesto a prueba su formación y temple militar. Sin embargo, al ingresar al recinto el miedo se apoderó de ellos. Entraron disparando al aire, nerviosos, con las manos temblándoles, mientras nos apuntaban. No podían ni sujetar sus fusiles de asalto; algunos disparaban a las gradas.

En medio de esa tensión, de pronto apareció desde el segundo patio un hombre con mandil blanco y una olla. Al verlo subir las gradas, uno de los soldados, seguramente pensando que era un guerrillero disfrazado de cocinero, ordenó “¡¡Manos arriba!!”. El cocinero obedeció al instante, poniéndose la olla, que sujetaba con manos temblorosas, encima de la cabeza. Inmediatamente la olla fue perforada por una ráfaga y ambos cayeron al suelo. Pensamos que las balas habían cocinado al pobre empleado del comedor, pero este se levantó inmediatamente, asustado pero ileso.

Los estudiantes, también tensos y nerviosos, salimos al atrio rodeados por soldados con las armas en la mano, listos para dispararnos

si no cumplíamos sus órdenes. En la avenida y los alrededores vi los tanques, los francotiradores estratégicamente ubicados y los centenares de soldados que disparaban minutos antes, convirtiendo en un cernidor gigante los 13 pisos del Monoblock de la UMSA, que hasta poco antes mostraba intacta su alta y elegante fachada, pero que había resistido de pie semejante ataque de las tres fuerzas militares. Con todo, la universidad quedó abandonada, sin alma y sin vida, durante mucho tiempo.

Afuera el silencio era total. Solo se escuchaba de rato en rato la voz de mando de algún oficial: “En formación, todos al trote, rodeando en círculo este patio”, “Tenderse de cara al piso y con las manos a la nuca”. Había que cumplir las órdenes impartidas. No teníamos derecho a hablar, y menos a preguntar, pues éramos prisioneros desde ese momento. Más de 400 jóvenes en total, hombres y mujeres, que habíamos resistido la embestida de los militares armados hasta los dientes, no sabíamos cuál sería nuestro destino a partir de ese momento. ¿Seríamos fusilados? ¿Nos llevarían a cuarteles o a prisiones militares?

Cuanto más tiempo pasábamos tendidos en el suelo —unas tres horas, bajo el sol del mediodía, sin poder realizar movimiento alguno, sin probar ningún alimento, ni siquiera un sorbo de agua—, nuestra preocupación y nuestro cansancio iban en aumento, y también nuestra angustia. Después nos enteramos del largo debate que se produjo en el Palacio de Gobierno entre el Gral. Banzer, su gabinete y los comandantes, para decidir nuestro futuro destino. Las opciones iban desde el fusilamiento selectivo de los dirigentes hasta llevarnos a los cuarteles como prisioneros. Se optó por esta última.

En fila y en silencio, rodeados por la tropa y los tanques, bajamos por la avenida Arce hasta el Ministerio de Gobierno. Las mujeres fueron conducidas a las celdas de este ministerio. A los hombres nos encerraron en un garaje amplio y sin techo, con piso de tierra, donde cabíamos todos. Con la ropa puesta, en la fría noche invernal, resistimos congelados esa primera noche de golpes y torturas de los paramilitares.

Prisionero en el cuartel de Viacha

A la madrugada del día siguiente nos subieron a camiones que luego cerraron herméticamente. Apretujados al punto de no poder movernos, nos trasladaron a destinos por nosotros desconocidos. No se podía ver hacia afuera; solo sentíamos el movimiento del vehículo y el ruido del motor, con el cambio de caja entre primera y segunda. Sospechábamos que nos llevaban a la ciudad de El Alto, donde había cuarteles militares. El viaje duró entre una y dos horas.

Al cabo, los vehículos entraron a un canchón grande, rodeado de muros. Al salir de los camiones vimos que ya había amanecido. Nos ordenaron bajar en fila con las manos en la nuca. El frío invernal era insoportable a esas horas de la mañana, varios grados bajo cero, a 4.000 m s.n.m. Yo solo tenía puesta una polera y sentía que iba a morir congelado antes que por las torturas. Al frente había un pelotón de soldados, alineados en dos filas y con las ametralladoras listas para dispararnos. “¿Será que nos van a fusilar?”, fue mi primer pensamiento. El comandante

nos ordenó pasar por dentro la formación y recibimos la pateadura más grande de nuestra vida por esta compañía de 60 soldados que, al grito de “¡comunistas!, ¡vende patrias!”, casi nos molieron el cuerpo. Era el bautizo del ingreso al cuartel de Viacha, donde nos recibieron como “enemigos de la patria”, advirtiéndonos que era el comienzo de los castigos que recibiríamos mientras estuviéramos presos en ese recinto.

Nos subieron al quinto y sexto piso y nos metieron en celdas de cemento, con puerta de fierro y el piso cubierto de agua. En cada celda cabíamos entre 20 y 30 personas paradas y muy apiñadas, lo que casi no nos permitía movernos, y sometidos a la frialdad y la humedad del piso. Era una situación cruel. Hubo algunos desmayados por la falta de alimento, la altura —con su consiguiente falta de oxígeno, exacerbada por la falta de ventilación—, los castigos corporales y la tensión excesiva; se recuperaron poco a poco, gracias a nuestra solidaridad. Tampoco ese día bebimos ni comimos nada; dormimos parados, abrazándonos para generar calor humano.

A las 7 de la mañana del día siguiente los guardias abrieron las puertas y nos hicieron bajar al trote para ir al baño y recibir un vaso de sultana con pan; regresamos a nuestras celdas nuevamente al trote. Al medio día recibimos por fin el rancho: *lawá* mezclada con querosén. Por la noche también bajamos a recibir el mismo rancho, que se repetiría todos los días.

Los interrogatorios, a cargo de los oficiales, duraron varios días. Su interés principal era identificar a los miembros del ELN y a dirigentes de

otros partidos de la izquierda boliviana. Cuando me tocó el turno, luego de torturarme e interrogarme durante cinco días, al revisar sus archivos no encontraron ningún antecedente mío de pertenencia al ELN. A los pocos días fui liberado, con la orden de permanecer residenciado en Cochabamba y no regresar a las universidades paceñas.

La clausura de las universidades

El 4 de septiembre de 1971, el Gral. Hugo Banzer inicio su gestión cerrando todas las universidades públicas durante más de un año. Esto implicó un gran perjuicio para miles de jóvenes que, en vez de estudiar, quedamos en la calle sin hacer nada. Muchos se fueron al exterior; otros permanecieron junto a sus padres y buscaron trabajo. La clausura de las universidades era parte de la política de represión que se inició con la toma de la UMSA, y que duró todo su mandato. Entre otras cosas, supuso nombrar a dedo a militares o civiles como rectores de todas las casas superiores de estudio, con un sistema muy rígido de control del movimiento estudiantil y docente.

La autonomía universitaria fue pisoteada, cumpliendo las órdenes que venían del Palacio de Gobierno. Esta política represiva causó una reacción progresiva en la juventud estudiantil y docente, que se inició pidiendo el retorno de la autonomía, la democratización de la universidad y del propio Gobierno. Los problemas económicos, derivados de la mala conducción y administración de las finanzas públicas, provocaron

la reacción popular en la clase trabajadora —maestros, mineros, campesinos, amas de casa, estudiantes— y la masacre de los campesinos del Valle Alto, en Tolata.

El golpe de Estado del general Luis García Meza y la intervención militar en CORDECO

El 17 de julio de 1980 se produjo el golpe de Estado del general Luis García Mesa contra la presidenta Lidia Gueiler. Esa misma tarde, un contingente de soldados de la Séptima División del Ejército, encabezado por el coronel Guido Tavera, tomó las oficinas de la Corporación del Desarrollo del Departamento de Cochabamba (CORDECO) para apresarnos a mí y a otros compañeros de trabajo. Gracias a la información confidencial de un colega de la oficina que tenía vínculos familiares con los militares golpistas, escapé a tiempo.

Abandoné mi trabajo apresuradamente y logré ocultarme en varios domicilios, pero me buscaban afanosamente por toda la ciudad. De modo que partí, en compañía de mi padre, a la comunidad de Santiago, en el Norte de Potosí, muy lejos de la ciudad y sin acceso caminero. Hicimos un largo viaje a pie desde Capinota, subiendo una larga cuesta por Api-Illapampa hasta Cayawi (límite entre Cochabamba y Potosí), para luego bajar a Santiago; es un recorrido de 65 km.

Mientras tanto, el coronel Tavera desmontó la Dirección de Planificación y Proyectos de CORDECO, deteniendo a varios de mis colegas

profesionales, que fueron encerrados en la Séptima División acusados de ser parte de cúpula mirista que manejaba esta institución de desarrollo. Sobre mis espaldas pesaban acusaciones políticas y, de regresar, corría el riesgo de caer en sus manos, sufrir torturas y, quizás, la muerte en manos del régimen de un dictador que no respetaba la vida humana. Su ministro de Gobierno nos ordenó a todos los bolivianos caminar con el testamento bajo el brazo.

Más de dos años, exactamente 795 días, me mantuve lejos de la ciudad de Cochabamba, sin trabajo y, por tanto, sin recibir ningún salario. Esta falta de ingresos afectó a mis hijos, que durante este tiempo tuvieron una alimentación precaria, sus estudios se vieron limitados y carecieron de protección paterna. Pero no tuve alternativa, por mi seguridad y la de mi familia.

Sin embargo, escapar al Norte de Potosí me dio la oportunidad de viajar por primera vez a pie por la ruta de Capinota a Apillapampa, guiado por mi padre, que era muy conocedor de esta senda. Era el recorrido que hacían la gente a pie y las mulas de carga para vincular Capinota con Cochabamba y el Norte de Potosí. Es una larga ruta montañosa, con una subida empinada. Recuerdo haber llegado Cayawi totalmente agotado, sediento y hambriento, y haberme arrodillado orando a Dios y al Tata Santiago, santo apóstol de la tierra donde nací. Di gracias por estar vivo y protegido por este santo y por la Pachamama, que no iban a permitir que los paramilitares llegaran, siguiéndome el rastro, a estos parajes tan aislados del país.

Entonces le dije a mi padre: “He descubierto la ruta por donde hay que trazar y construir el camino carretero entre Cochabamba y Potosí. Cuando regrese a CORDECO después de este vendaval político, se hará realidad esta vía de integración económica, social, cultural, y turística entre ambos departamentos”. Mi padre, sorprendido, me respondió: “Ojalá que hagas ese milagro. Tienes todo mi apoyo para esta obra titánica, que va a costar mucha plata, pero que será beneficiosa para todos en el Norte de Potosí y en el sur de Cochabamba”.

Cuando regresé a CORDECO, después de más de dos años de ausencia, cumplí lo prometido. Ahora es el principal camino de vinculación entre ambos departamentos, al que todavía falta asfaltar. Actualmente estoy realizando los trámites pertinentes entre ambas gobernaciones y el Gobierno nacional.

Las principales víctimas de Banzer y de García Meza

Las juventudes universitarias democráticas y de izquierda nacional encabezamos las luchas contra la dictadura de Banzer y, posteriormente, contra la de García Meza. Son varios los estudiantes o políticos muertos en su búsqueda de justicia, libertad, democracia y derechos humanos para todos los bolivianos. Mencionamos entre ellos a Carlos Bayro, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Luis Espinal, los ocho dirigentes asesinados en la calle Harrington de la ciudad de La Paz, el 15 de enero de 1981 —Arcil Menacho, Artemio Camargo, Gonzalo Barrón, José Reyes, Luis Suárez, Jorge Valdivieso, Ramiro Velasco, Ricardo Navarro— y tantos otros líderes.

10 de octubre de 1982, fecha fundacional de la democracia boliviana

El 10 de octubre de 1982 es la fecha fundacional del más reciente periodo democrático de Bolivia. Hernán Siles Suazo, ganador legítimo de las elecciones nacionales de 1980, avalado por el Congreso Nacional, juró como presidente constitucional de Bolivia por el periodo 1982-1986, junto a Jaime Paz Zamora como vicepresidente. Este Gobierno simbolizó la victoria de nuestro pueblo en su larga lucha contra la dictadura militar y significó el comienzo de un gobierno democrático y republicano que continúa hasta nuestros días.

Cabe recordarlo cada 10 de octubre con diferentes actos cívicos en todo el país, tal como al 6 de agosto: fue el inicio de un estilo de gobierno absolutamente respetuoso de los derechos humanos, las libertades ciudadanas, el ejercicio de la política sin persecuciones, destierros, encarcelamientos o asesinatos. El respeto total a la separación de poderes entre el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial y el Electoral y su ejercicio libre, sin intromisión ni sometimiento al Ejecutivo. Pero también el respeto a la propiedad privada, las luchas por la justicia social, el bien común y el desarrollo equilibrado nacional, como sus principales metas y objetivos para el presente y el futuro.

El concurso lanzado por la Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia) en el año 2022, *Historias vivas a 40 años de la construcción de la democracia en Bolivia*, busca conmemorar el fin de las dictaduras militares y el hito de la transición democrática de 1982 al propiciar encuentros mediante la provocación de un diálogo intergeneracional sobre el valor profundo de la democracia.

Esta publicación rescata relatos verídicos que han quedado ocultos en los márgenes de la historia para que ocupen un lugar en el patrimonio histórico y en la memoria colectiva del país. Dichos testimonios se entretajan con secuencias fotográficas que contienen propuestas reflexivas sobre el significado de este hito histórico desde la perspectiva de la juventud. De este modo, en las páginas de este libro se encuentran miradas diferentes y se cruzan líneas temporales en una invitación abierta a un diálogo inclusivo que, desde la rememoración, busca seguir construyendo democracia.

ISBN: 978-9917-605-96-6



9 789917 605966